Es propiedad de V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Se venden Cuesta y Perez.

MARGARITA GAUTIER,

Ó LA DAMA DE LAS CAMELIAS.

Alexandre Dumas (fils)

Drama en cinco actos, arreglado del francés por D. Vicente de Lalama, *para representarse en Madrid el año de 1854.*

PERSONAGES.

MARGARITA GAUTIER, *24 años.*
OLIMPIA, *26 años.*
NISETA, *18 años.*
PRUDENCIA, *40 años.*
NANINA, *doncella de Margarita.*
ARMANDO DUVAL, *24 años.*
EL SEÑOR DUVAL, *su padre.*
GASTON RIEUX, *28 años.*
SAINT-GAUDENS, *50 años.*
GUSTAVO, *amante de Niseta.*
EL MARQUÉS DE GIRAY.
EL CONDE DE VARVILLE.
EL DOCTOR.
ARTURO.
UN DEPENDIENTE DE COMERCIO.
CRIADOS.

La escena es en Paris, y en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de Margarita. Puerta en el fondo; á la derecha una chimenea; á la izquierda una ventana; entre la puerta del fondo y la de la izquierda, otra puerta, que deja ver una mesa con candelabros. A la derecha, entre la chimenea y la puerta del fondo, otra puerta. Mesas, sitiales y sillas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, *en la puerta del fondo, entrando, y* NANINA *en el medio de la escena.*

CON. Buenos dias, Nanina; Margarita está visible?

NAN. No está en casa, pero debe volver pronto.

CON. Esperaré. (*sentándose.*) Quién es una linda jóven que salia de aquí?

NAN. Es la señorita Niseta.

CON. Niseta! Mas parece nombre de gata que de muger.

NAN. Es un mote. Ha sido compañera de obrador de la señora.

CON. Con que Margarita ha sido modista?

NAN. No señor, costurera.

CON. Hola!

NAN. No lo sabia usted? Pues es raro, porque á nadie se lo oculta.

CON. Quizás no haya llegado la ocasion de referirmelo. Ya ves, hace seis meses que hago la corte á tu señora, y en todo este tiempo, ni una esperanza, ni una sonrisa me ha dirigido. Está visto; mis asuntos aqui nada prosperan.

NAN. Nada, absolutamente.

CON. Y en tanto que el Duque frecuente esta casa...

NAN. El Duque? Guardaos bien de pensar la mas mínima cosa acerca de él; el Duque es su providencia, es su padre.

CON. Si, es muy patética la historia que de él se cuenta, pero no la creo.

NAN. Mirad, señor Conde, no dudo que la calumnia logrará cebarse en la reputacion de mi señora; pero esa no es una razon para ocultar aquello que no la perjudica. Cuanto voy á referiros, puedo jurarlo, por haberlo visto yo misma; y Dios sabe no es una leccion en que la señora me haya instruido, supuesto que ningun interés tengo en engañar á usted, ni á mi ama le importa el bueno ó mal concepto que puedan formar acerca de ella. Hace dos años, despues de la enfermedad que la señora acababa de pasar, fué á los

baños, para acabar de restablecerse, y me llevó consigo. Entre los bañistas, habia una jóven de su edad, con corta diferencia, atacada de la misma enfermedad, solo que ya estaba en tercer grado, y se parecia á ella como un huevo á otro. Esta jóven era la señorita de Mauriac, la hija del Duque.

Con. Y bien?

Nan. La señorita de Mauriac murió, y el Duque, desesperado, encontrándo en las facciones, en la edad, y hasta en la enfermedad de Margarita, la imágen de su querida y única hija, la suplicó le recibiese y le permitiese amarla como á tal. Entonces, la señora, que nunca miente, le confesó su clase y posicion, y el Duque le señaló una renta de quince mil francos.

Con. Que apenas bastan para sostener el lujo y boato que representa; y hé aquí la razon de por qué tu señora cuenta hoy unos treinta mil francos de deudas.

Nan. Que usted ofrece pagar; pero por desgracia, quiere mas deber á otros dinero, que á usted agradecimiento.

Con. Por eso cuento contigo para que seas mi defensora; y si tú te interesas...

Nan. Ya sabeis que esta plaza no se vende.

Con. Si, porque la tiene comprada el marqués de Giray.

Nan. Señor Conde, sois insoportable. Todo cuanto yo puedo deciros es, que la historia del Duque es cierta, en cuanto al Marqués, es un...

Con. Si, un amigo; procuraré no olvidarlo.

Nan. Cuidado que es usted malicioso! (*llaman.*) Pero llaman... tal vez la señora... La contaré cuanto usted acaba de decir.

Con. (*dándola un bolsillo.*) Confio en que guardarás el secreto.

Nan. Estaba por no recibirlo! (*tomándole.*)

ESCENA II.

Dichos, Margarita *por el fondo. Esta actriz debe sacar siempre unas camelias en el pecho, escepto en el tercer acto que trae otra flor.*

Mar. (*á Nanina.*) Di que tengan pronta la cena; Olimpia y Saint-Gaudens van á venir; los he encontrado en la ópera. (*viendo al Conde.*) Usted aquí?

Con. Acaso mi destino no es esperar á usted.

Mar. Y el mio, no es el de ver á usted á todas horas?

Con. Vendré, hasta que usted me prohiba la entrada.

Mar. Triste cosa es, el de que no pueda entrar una vez en mi casa, sin encontrar á usted en ella! En suma, qué tiene usted que decirme?

Con. Ya lo sabe usted.

Mar. Ah! Lo de siempre? Qué monotono es usted, señor de Varville.

Con. Y si la amo á usted, tengo yo la culpa?

Mar. Vaya una razon! Amigo mio, si fuese á escuchar á todos los que me aman, ni aun para comer me quedaria tiempo. Le repito á usted por centésima vez, señor de Varville, que no adelanta usted nada. Le dejo que venga á todas horas, que entre, que salga; pero si ha de continuar usted hablándome de su amor, lo despido.

Con. No obstante, Margarita, el año pasado, en Baños, me dió usted algunas esperanzas.

Mar. Ay, amigo mio! Era en Baños... Yo estaba enferma, me fastidiaba, y era preciso distraerme; pero aquí no es lo mismo; estoy bien, y no me fastidio.

Con. Ya comprendo, como os solicita el duque de Mauriac!

Mar. Escelente galan por cierto!

Con. Y mas al marques de Giray....

Mar. Caballero, yo soy libre, y puedo amar á quien me acomode. Lo repito, si no tiene usted otra cosa que decirme, puede retirarse. (*el Conde se pasea.*) No quiere usted marcharse?

Con. Sé acaso lo que yo deseo?

ESCENA III.

Dichos, Nanina.

Mar. (*á Nanina que sale.*) Has mandado preparar la cena?

Nan. Si señora.

Mar. Has visto á Prudencia?

Nan. Si señora; tambien ha venido la señorita Niseta.

Mar. Y por qué no me ha esperado?

Nan. Porque la aguardaba el señor Gustavo; se ha llevado los encajes para componerlos.

Mar. Pobre muchacha! Mañana iré á verla.

Nan. El doctor tambien ha venido.

Mar. Y quién es?

Nan. Que le recomienda á usted el reposo.

Mar. Pobre doctor, siempre está con lo mismo! Hay alguna otra cosa?

Nan. (*tomando un ramillete de encima de una de las mesas.*) Este ramillete que han traido para usted.

Mar. De parte de quién?

Con. De mi parte.

Mar. (*tomándole.*) Rosas y lilas! Toma, llévate esas flores á tu cuarto.

Con. No le quiere usted?

Mar. Cómo me llaman?

Con. Margarita Gautier.

Mar. Y qué otro título me dan?

Con. El de la dama de las camelias.

Mar. Por qué?

Con. Porque nunca lleva usted otras flores.

Mar. Quiere decir, que no me gustan mas que esas, y que es inútil enviarme otras. Si usted cree que he de aceptarle, se equivóca, porque los perfumes me hacen mal. (*á Nanina.*) Llévate ese ramo. (*vase Nanina por el fondo.*)

Con. Siempre en desgracia con usted!... A Dios, Margarita. (*hace que se vá.*)

Mar. A Dios.

ESCENA IV.

Dichos, Nanina *que vuelve,* Olimpia *y* Saint Gaudens *por el fondo. Este personage es un viejo elegante.*

Nan. (*volviendo.*) Señora, aquí está la señorita Olimpia y el caballero Saint-Gaudens.

Mar. Gracias á Dios! Creí que no veniais!

Olim. La culpa tiene Saint Gaudens.

Gau. Siempre tengo yo la culpa! A Dios, Conde.

Con. A Dios, amigo mio.

Gau. Cena usted con nosotros?

Mar. No; el señor está comprometido en otra parte.

Gau. Y usted, querida, cómo sigue?

Mar. Bien, gracias.

Gau. Lo celebro, así nos divertiremos.

Olim. Nunca falta diversion donde usted está.

Gau. Muchas gracias, señora!... El bueno de Varville no cenar con nosotros! Pues lo siento en el alma! (*á Margarita.*) Al pasar por la fonda de la Estrella de Oro, he mandado que nos traigan ostras, y un cierto champagne, que no venden mas que á los amigos.

Olim. Y Prudencia, vendrá?

Mar. Así lo espero. (*se asoma á la ventana y llama.*) Prudencia?

Olim. Qué, vive enfrente?

MAR. No, en la misma casa; solo estamos separadas por un patiecillo.

PRU. (*dentro.*) Qué manda usted?

MAR. No viene usted? La estamos esperando.

PRU. (*id.*) Me es imposible acompañarla.

MAR. Por qué razon?

PRU. (*id.*) He convidado á dos amigos.

MAR. Pues que vengan á casa, y sale la misma cuenta. Cómo se llaman?

PRU. (*id.*) A uno de ellos ya le conóce usted; es Gaston.

MAR. Si, le conozco. Y el otro?

PRU. (*id.*) El otro es su amigo.

MAR. Pues basta, venid pronto. (*cerrando la ventana.*) Qué frio hace esta noche! (*tose un poco: á Olimpia, que viene á sentarse á su lado.*) Y tú, cómo estás?

OLIM. Estós dias me siento enteramente buena.

MAR. Varville, ponga usted leña en la chimenea. Esto es helarse! Sea usted útil, ya que no puede hacerse agradable. (*Varville pone leña en la chimenea.*)

ESCENA V.

Dichos, GASTON, ARMANDO, PRUDENCIA *y un* CRIADO.

CRIADO. (*anunciando.*) La señora Duvernoy, y los señores Gaston Rieux y Armando Duval.

GAS. Cómo lo pasa usted, señora? (*saludando.*)

MAR. Bien; y usted, caballero?

PRU. Con que de usted, eh?

MAR. Gaston se ha hecho ya un hombre, y por otra parte, Eugenia me sacaria los ojos si nos hablásemos de otro modo.

GAS. Las manos de Eugenia son demasiado pequeñas, y los ojos de usted muy grandes.

PRU. Basta de requiebros. Margarita, permítame usted que la presente al caballero Armando Duval, al hombre mas enamorado de usted que hay en Paris.

MAR. Pues entónces mande usted que pongan dos cubiertos mas, porque supongo que ese amor no quitará á este caballero las ganas de cenar. (*dá la mano á Armando. Este la besa y se inclina.*)

GAU. (*á Gaston, que se le acerca.*) Oh! mi querido Gaston! Cuanto me alegro de ver á usted!

GAS. Usted siempre jóven, mi anciano Gaudens!

GAU. Siempre; ja, ja, ja!

GAS. Y qué tal de conquistas?

GAU. (*señalando á Olimpia.*) Ya vé usted.

GAS. Os doy mi enhorabuena.

GAU. (*á Armando.*) Es usted pariente de un tal Duval, recaudador general?

ARM. Si señor, es mi padre. Le conoce usted?

GAU. Le conocí en otros tiempos, en casa de la condesa de Nersay, así como á su madre de usted, que era una hermosa jóven.

ARM. Ha muerto hace tres años.

GAU. Perdóneme usted el que le haya traido á su memoria este recuerdo.

ARM. Siempre me es grato el recuerdo de mi padre. Los grandes y puros afectos, tienen la ventaja de que despues de la felicidad de esperimentarlos, queda la de traerlos á la memoria.

GAU. Es usted hijo único?

ARM. No señor, tengo una hermana. (*se retiran hablando al fondo.*)

MAR. (*bajo á Gaston.*) Buena figura es su amigo de usted.

GAS. Yo lo creo; además, está enamoradísimo de usted; no es verdad, Prudencia?

PRU. El qué?

GAS. Decia á Margarita, que Armando está loco por ella.

PRU. Y no miente; no puede usted formarse una idea de su amor.

GAS. La ama á usted, querida mia, hasta el estremo de no atreverse á declarárselo.

PRU. Y es un amor que cuenta ya dos años.

MAR. Entonces es un amor antiguo.

PRU. Armando no sale de casa de Gustavo y de Niseta, por solo el placer de oir hablar de usted.

GAS. Durante su enfermedad de usted, hace un año, antes de que fuese usted á Baños, y en los tres meses que estuvo en cama, ya le habrán dicho qué un jóven venia á saber de su salud, sin querer decir su nombre.

MAR. Ya me acuerdo.

GAS. Pues era Armando.

MAR. Vaya un cariño! (*llamando.*) Señor de Duval?

ARM. Señora?

MAR. Sabe usted lo que me dicen? Que cuando estaba enferma, venia usted todos los dias á informarse de mi salud.

ARM. Han dicho á usted la verdad.

MAR. Pues os doy las gracias, al menos por lo de entonces. Lo oye usted, Varville? Usted no ha sido capaz de hacer otro tanto.

CON. Cómo! Si aun no hace un año que la conozco á usted!

MAR. Si, pero ese caballero no me conocia hasta hace cinco minutos. Siempre está usted diciendo necedades.

CON. (*tomando su sombrero y saludando.*) A Dios, Margarita.

MAR. A Dios, amigo mio. Hasta cuándo?

CON. Hasta cuando usted mande.

MAR. Pues entonces... A Dios.

CON. (*saludando.*) Señores... (*vase foro.*)

OLIM. A Dios, Varville, á Dios, amigo mio.

PRU. Querida mia, en verdad que está usted muy desdeñosa con el Conde.

MAR. Ya me tiene cansada; no hace mas que venir á solicitar mi amor á cambio de su dinero.

OLIM. Y te quejas por eso? No me proponen á mi otro tanto. (*mirando á Gaudens.*)

GAU. Vamos, ingratilla, que no puedes quejarte. En cuanto herede á mi tio, yo te prometo...

OLIM Virgen del Tremedal! Y aun hay alguno, á su edad, que se titule tio suyo? Será sin duda el Judio Errante!

GAU. Puede ser.

OLIM. Vamos, Saint-Gaudens, cuéntenos usted la historia del fiacre amarillo.

PRU. Buenos estamos para historias; lo primero es cenar.

MAR. Si, si, á cenar... (*se levanta y vuelve á sentarse como vacilando.*) Ah!

TODOS. Qué es eso?

MAR. Nada, un vahído.

ARM. (*acercándose.*) Señora, está usted mala?

MAR. No, no es nada... Un vaso de agua. (*Olimpia vá por un vaso de agua que saca al instante.*)

PRU. Qué tiene usted?

MAR. Lo de siempre; pero no es nada. Pasen ustedes al comedor; soy con ustedes.

OLIM. Dejémosla un poco, prefiere estar sola cuando la sucede eso.

MAR. Si, pueden ustedes cenar; pronto les acompañaré.

ARM. (Pobre jóven!) (*vanse todos izquierda.*)

ESCENA VI.

MARGARITA, *sola.*

Ay! (*mirándose al espejo.*) Qué pálida estoy!... Ah! (*pone la cabeza entre las manos y apoya los codos en la chimenea.*)

ESCENA VII.

MARGARITA, ARMANDO.

ARM. Cómo está usted, señora?

MAR. Ah! Es usted, Armando! Gracias, estoy mejor... Por otra parte, ya estoy acostumbrada.

ARM. Señora, usted se suicida; yo quisiera ser su amigo, su pariente, para impedirle á usted que se asesine de ese modo.

MAR. Pues no lo conseguiria usted... Pero qué tiene usted? (*mirando á Armando.*)

ARM. Lo que acabo de ver me ha conmovido.

MAR. Ah! Mil gracias por tanta bondad. Y los demas, se ocupan de mí?

ARM. Los demas... no la aman á usted como yo.

MAR. Ah! Tiene usted razon; me habia olvidado de su amor. (*sonriendo.*)

ARM. Y se rie usted?

MAR. Dios me libre! Siempre estoy escuchando la misma cancion, y por eso estoy acostumbrada.

ARM. Pues bien, sea; pero este amor bien merece una recompensa por parte de usted.

MAR. Cuál?

ARM. La promesa de no vivir tan agitada como usted lo hace, y de cuidarse.

MAR. Cuidarme! Y acaso es posible?

ARM. Y por qué no?

MAR. Porque si trato de cuidarme, me muero; lo que me sostiene es la vida febril que llevo. Ademas, cuidarse es bueno para las mugeres que tienen familia, que tienen amigos; pero nosotras, desde que no servimos ni para los placeres, ni para la vanidad, nos abandonan, y las veladas eternas se suceden á los dias prolongados. Bien lo sé; dos meses he estado enferma, y á las tres semanas, ya nadie se acordaba de venir á verme...

ARM. Cierto, yo no soy nadie para usted; pero si usted quisiese, Margarita, yo la cuidaria como un hermano, no la abandonaria jamás, y usted se pondria buena. Entonces, cuando ya estuviese fuera de peligro, elegiria la vida que mejor le pareciese; pero estoy bien seguro, que preferiria mas una existencia tranquila que la hiciese feliz y conservase su belleza.

MAR. Que triste está usted esta noche!

ARM. Acaso no tiene usted corazon, Margarita?

MAR. Corazon! Ese es el único escollo que me hace naufragar en el mar en que navego.

ARM. Luego usted no le tiene?

MAR. Quizá lo tenga, pero me asombraria mucho de ello. Por qué me pregunta usted si le tengo?

ARM. Porque si tiene usted corazon, no debe reirse de mis palabras.

MAR. Con que habla usted formal?

ARM. Muy formal.

MAR. Prudencia no se ha equivocado al decirme que era usted sentimental.

ARM. Es ridículo serlo?

MAR. Segun la persona á quien usted se dirija... Es decir, que usted me cuidaria?

ARM. Sí.

MAR. Estaria usted siempre á mi lado?

ARM. Si, todo el tiempo que no le fastidiase.

MAR. Y cómo llama usted á eso?

ARM. Afecto.

MAR. Y de dónde viene ese afecto?

ARM. De una simpatía irresistible que esperimento por usted.

MAR. Desde...

ARM. Hace dos años. Desde un dia que pasó usted á mi lado, hermosa, altiva, risueña. Desde entonces he seguido de lejos, y en silencio, su existencia de usted.

MAR. Y cómo no me lo ha dicho usted antes?

ARM. Porque no la conocia á usted.

MAR. Haberme conocido. Cuando estaba enferma, hace un año, que tan asiduamente vino usted á saber de mí, por qué no entró á verme?

ARM. Y con qué derecho?

MAR. Con el de la amistad, con los de la galantería.

ARM. Ademas, Margarita, temia la influencia que pudiéseis ejercer sobre mi vida, de lo cual esta misma noche he recibido una prueba.

MAR. Luego está usted enamorado de mí?

ARM. Si algun dia debo decirlo, no es este el momento mas á propósito! (*con dolor.*)

MAR. Y no haria usted mejor en no decírmelo jamás?

ARM. Por qué?

MAR. Porque de esta declaracion solo pueden resultar dos cosas, ó que yo no la crea, y entonces usted me aborrecerá; ó si la creo, tendrá usted una sociedad bien triste, la de una muger nerviosa y enferma; una muger que derrocha cien mil francos al año. Eso es bueno para un anciano ricachon como el Duque, pero muy pesado para un jóven como usted. Vamos, dejémonos de niñadas; deme usted la mano, y volvamos al comedor, no sospechen el motivo de nuestra ausencia.

ARM. Vuelva usted cuando le parezca; por mi parte la ruego me permita permanecer aquí.

MAR. Por qué?

ARM. Porque su alegria de usted me mata.

MAR. Quiere usted que le de un consejo?

ARM. Diga usted.

MAR. Tome usted la posta, y huya, si lo que me dice es cierto; ó sino, ámeme usted como un amigo, y nada mas. Venga usted á verme, reiremos, charlaremos, pero no exagere usted lo que valgo. Usted tiene corazon, necesita ser amado, es jóven y sensible para vivir en una sociedad como la nuestra. Ame usted otra muger, ó cásese. Ya ve que le hablo con toda franqueza.

ARM. Seguiré su consejo. Partiré mañana.

MAR. Hasta ese estremo lo lleva usted?

ARM. Sí.

MAR. Cuántos me han dicho lo mismo, y no han marchado!

ARM. Los habrá usted detenido.

MAR. No por cierto.

ARM. No ha amado usted á nadie?

MAR. A nadie, á Dios gracias.

ARM. Oh! Cuánto me alegro!

MAR. De qué?

ARM. De lo que usted acaba de decirme; nada en este mundo pudiera hacerme mas dichoso.

MAR. Qué original es usted!

ARM. Si la digese á usted, Margarita, que he pasado noches enteras debajo de sus ventanas... que conservo hace seis meses un boton que se la cayó á usted de un guante...

MAR. No lo creeria.

ARM. Tiene usted razon; soy un necio; ríase usted de mí, que es lo mejor que puede hacer... A Dios.

MAR. Armando!
ARM. Me llama usted?
MAR. No quiero que se marche usted enfadado.
ARM. Enfadado con usted? Acaso es posible...?
MAR. Vamos á ver... en todo cuanto usted me ha dicho hay algo de cierto?
ARM. Y usted lo pregunta?
MAR. Pues bien... venga usted á verme algunas veces, con frecuencia... y hablaremos despacio.
ARM. Eso es demasiado y no basta.
MAR. Pues entonces, querido mio, pida usted lo que guste, que segun parece, le debo á usted alguna cosa. (*se rie.*)
ARM. No me hable usted de ese modo. Padezco mucho cuando la veo reir de cosas sérias.
MAR. Vamos, ya no me rio.
ARM. Diga usted...
MAR. Digo yo.
ARM. (*con sinceridad.*) Quiere usted ser amada?
MAR. (*con coquetería.*) Segun... Por quién?
ARM. Por mi.
MAR. (*con aire burlon.*) Y qué mas?
ARM. Ser amada con un amor profundo, eterno.
MAR. (*id.*) Eterno?
ARM. Si.
MAR. (*id.*) Y qué dirá usted de mi si le creo?
ARM. Qué es usted un ángel.
MAR. No; dirá usted de mi lo que todo el mundo dice. Mas qué me importa? Ya que he de vivir menos tiempo que los demas, es preciso que viva mas aprisa. Tranquilícese usted; tan eterno como es ese amor, y tan poco tiempo como me resta de vida, siempre viviré lo bastante, aun cuando usted haya dejado de amarme.
ARM. Margarita!
MAR. No obstante, usted tiene buen corazon, habla con sinceridad, y cree ser cierto todo lo que dice. Eso merece alguna recompensa. Tome usted esa flor. (*toma una flor de su pecho y se la da.*)
ARM. Y qué uso haré de ella?
MAR. Traérmela cuando se haya marchitado.
ARM. Cuánto tiempo se necesitará para eso?
MAR. El que necesita toda flor para marchitarse, el espacio de una mañana ó de una tarde.
ARM. Ah, Margarita! Qué dichoso soy!
MAR. Qué, no dice usted que me ama?
ARM. Oh! Si, la amo á usted.
MAR. Pues bien, partid.
ARM. A Dios. (*se retira hácia atrás, vuelve, la besa la mano por última vez, y vase.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA *sola, y mirando á la puerta, que ha vuelto á cerrarse.*

Y por qué no?... Y para qué?... Mi vida se desgasta sin cesar, pasando de una á otra de estas dos palabras.... Si será cierto su amor? Si me amará de la manera que dice?... Oh! Entonces aun podria haber felicidad para mi... Abandonaria una sociedad que detesto, y que solo el lujo y vanidad me detienen en ella... Aun podria ser dichosa... Dichosa! Infeliz, el mundo nos maldice y la sociedad nos rechaza, sin considerar cuánto cuesta conservar la virtud, al borde de un precipicio... Volvamos á mis convidados, y ahoguemos en el licor tan risueñas esperanzas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Alcoba de Margarita.—Una puerta en el fondo. A la derecha una puerta secreta oculta por un cuadro, En el primer término, al mismo lado, un elegante tocador. A la izquierda una ventana, y en primer término una chimenea: sitiales y sillas.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, NANINA, PRUDENCIA.

MAR. Prudencia, ha visto usted al Duque?
PRU. Si.
MAR. Le ha dado á usted...?
PRU. (*entregando á Margarita billetes de banco.*) Ahí tiene usted.
MAR. Le ha dicho usted que pensaba ir al campo?
PRU. Si señora.
MAR. Qué ha respondido?
PRU. Que hacia usted bien; que eso podria serla muy provechoso... Y piensa usted en ir?
MAR. Creo que si. Ya he estado á ver la casa.
PRU. En cuánto la alquilan?
MAR. En dos mil francos.
PRU. Cáspita! Ese es amor, querida mia!
MAR. Tengo miedo; acaso sea una pasion, ó un capricho!
PRU. Ha venido ayer?
MAR. Eso no se pregunta.
PRU. Y volverá esta noche?
MAR. Pues qué ha de hacer?
PRU. Ya lo sé. Ha estado en mi casa tres ó cuatro horas.
MAR. La ha hablado á usted de mi?
PRU. No sabe hablar de otra cosa.
MAR. Qué le ha dicho á usted?
PRU. Que está loco de amor.
MAR. Hace mucho que usted le conoce?
PRU. Si.
MAR. Le ha visto usted alguna vez enamorado?
PRU. Nunca.
MAR. De veras?
PRU. De veras.
MAR. Si supiera usted qué buen corazon tiene! Qué bien habla de su madre, de su hermana!
PRU. Es una desgracia que hombres asi, no tengan cien mil francos de renta!
MAR. Al contrario, es una felicidad! Con eso están bien seguros de que es á ellos á quienes se ama. (*tomando la mano de Prudencia y llevándosela al pecho.*) Mira.
PRU. Qué?
MAR. Cómo me late el corazon... No lo sientes?
PRU. Y por qué late?
MAR. Porque son las diez y va á venir.
PRU. Con que hasta ese estremo? Pues entonces me marcho, no quiero contagiarme.
MAR. Vete á abrir, Nanina.
NAN. No han llamado.
MAR. Te digo que si.

ESCENA II.

PRUDENCIA, MARGARITA.

PRU. Margarita, voy á rogar á Dios por usted.
MAR. Por qué?
PRU. Porque está usted de peligro.
MAR. Bien puede ser.

ESCENA III.

Los mismos, ARMANDO.

ARM. (*besándola la mano.*) Margarita!
MAR. Bien sabia yo que habian llamado!
PRU. Ingrato, no me da usted las buenas noches?
ARM. Dispense usted, querida Prudencia, sigue usted bien?
PRU. Si, hijos mios. Los dejo á ustedes, pues me esperan en casa. A Dios.

ESCENA IV.

ARMANDO, MARGARITA.

MAR. Vamos, siéntese usted aqui.
ARM. (*arrodillado á los pies de Margarita.*) Aqui estoy mejor.
MAR. (*con ternura.*) Y me ama usted lo mismo?
ARM. Oh! No.
MAR. Pues cómo?
ARM. Porque la amo á usted mil veces mas.
MAR. Qué ha hecho usted hoy?
ARM. He estado á ver á Prudencia, á Gustavo, á Nisetа, á todos aquellos á quienes podia hablar de Margarita.
MAR. Y esta noche?
ARM. Mi padre me ha escrito que me esperaba en Tours, y le he contestado, que no me espere. Acaso me hallo en estado de ir á Tours?
MAR. Sin embargo, no debe usted indisponerse con su padre.
ARM. No hay cuidado. Y usted, qué ha hecho?
MAR. Pensar en usted.
ARM. De veras?
MAR. De veras. He formado mil proyectos.
ARM. Cierto?
MAR. Si.
ARM. Cuénteme usted.
MAR. A su tiempo.
ARM. Y por qué no ahora?
MAR. Porque acaso no me ameis aun lo suficiente. Basteos saber, que me ocupo de nuestra comun felicidad.
ARM. De mi?
MAR. Si, de usted, á quien amo demasiado.
ARM. Vamos á ver, qué es ello?
MAR. Para qué?
ARM. Por Dios, Margarita!...
MAR. Acaso puedo tener secretos para ti?
ARM. Ya escucho.
MAR. He formado un plan.
ARM. Qué plan?
MAR. No puedo decírtele; sus resultados han de serte favorables.
ARM. Y qué resultados serán esos?
MAR. Serias feliz en vivir conmigo en el campo los meses de calor?
ARM. Y tú lo preguntas?
MAR. Pues bien, si mi plan sale bien, que si saldrá, de aqui á quince dias seré libre, no deberé nada á nadie, y nos iremos juntos.
ARM. Y no podrias decirme por qué medio?
MAR. No; ámame como yo te amo, y todo saldrá bien.
ARM. Y es usted sola quien ha formado ese plan? (*con seriedad.*)
MAR. Si, yo sola. (*admirada.*)
ARM. Y le ejecutará usted sola?
MAR. (*vacilante.*) Si, sola. Pero á qué viene esa pregunta?
ARM. Margarita, porque hay mugeres que sacan el dinero á unos amantes y lo gastan con otros; y ni usted tiene el corazon de las primeras, ni yo la desfachatez de los últimos.
MAR. Y eso quiere decir...?
ARM. Que si el plan es de ese género, no puedo aceptarle.
MAR. Pues bien, amigo mio, hablemos de otra cosa. Qué tal dia hace?
ARM. Muy bueno.
MAR. Habia mucha gente en los Campos Elíseos?
ARM. Mucha.
MAR. Probablemente será lo mismo toda la luna.
ARM. Y qué me importa á mi la luna?
MAR. Pues no sé de qué hablarle á usted; si le hablo de amor, si le doy pruebas, se enfada... pues hablemos de la luna.
ARM. Qué quiere usted, Margarita. Estoy celoso hasta del mas mínimo de sus pensamientos. Lo que me propone usted...
MAR. Volvemos á las andadas?
ARM. Si por cierto, volvemos. Lo qué usted me propone me haria volver loco; pero el misterio que precede á la ejecucion del proyecto...
MAR. Vamos á ver si nos entendemos: tú me amas y desearias pasar dos ó tres meses conmigo en cualquier rincon que no fuese este maldito Paris?
ARM. Si, lo deseo.
MAR. Yo tambien te amo, y anhelo lo mismo; pero para eso se necesita lo que yo no tengo. Tú no tienes celos del Duque, porque sabes lo puros que son los sentimientos que le unen á mi; pues bien, déjame hacer.
ARM. Sin embargo...
MAR. Te amo, no es verdad?
ARM. Si; pero...
MAR. (*interrumpiéndole.*) Aceptas, ó no?
ARM. Aun no.
MAR. Pues entonces, vuelve mañana y hablaremos de nuevo.
ARM. Con que mañana? Es decir que me despides ya?
MAR. No, no te despido; aun puedes permanecer un poco.
ARM. Nada mas que un poco? Luego esperas á alguno?
MAR. Vaya, empezamos?
ARM. Margarita, me engañas?
MAR. Cuánto tiempo hace que te conozco?
ARM. Cuatro dias.
MAR. Que me obligaba á recibirte?
ARM. Nada.
MAR. Si no te amase, tendria derecho para ponerte á la puerta, como á Varville y á otros muchos?
ARM. Seguramente.
MAR. Pues entonces, amigo mio, déjate amar, y no te quejes.
ARM. Perdon, mil veces perdon!
MAR. Si continuásemos asi, tendré que pasar la vida perdonándote!
ARM. No, es la última vez. Mira, me marcho.
MAR. Enhorabuena. Mañana á mediodia ven, almorzaremos juntos.
ARM. Pues entonces, hasta mañana.
MAR. Hasta mañana.
ARM. A las doce?
MAR. A las doce.
ARM. Me juras...?
MAR. Qué?
ARM. Que no esperas á nadie.
MAR. Otra vez?... Te juro que te amo, y que no amo mas que á ti. Quieres mas?

ARM. A Dios.
MAR. A Dios, niño viejo. (*Armando se detiene un momento y vase.*)

ESCENA V.

MARGARITA, *sola.*

Qué cosa tan estraña es la vida! Quién me hubiera dicho hace ocho dias, que este hombre, á quien no conozco, ocuparia hasta ese estremo, y tan pronto, mi corazon y mi pensamiento? Quién sabe en qué vendrá á parar? Un amor sério para mí seria probablemente una desgracia. Por otra parte.... me ama? Yo sé que le amo; yo, que no he amado nunca. Por qué hemos de sacrificar una alegria? Hay tan pocas! Por qué no hemos de dejarnos llevar de los caprichos del corazon?... Qué soy?... Una hija de la casualidad... Dejemos, pues, á la casualidad hacer de mí lo que quiera. Me parece que soy mas feliz que nunca! Quizá sea esto de mal agüero; siempre prevemos que nos amarán, pero no que amaremos; así es, que á los primeros ataques de este mal imprevisto, ya no sabemos qué es de nosotras.

ESCENA VI.

MARGARITA, NANINA, *despues el* MARQUÉS DE GIRAY

NAN. (*anunciando.*) El señor Marqués.
MAR. Buenas noches, amigo mio.
GIR. Felices, querida. Cómo va?
MAR. Bien.
GIR. Qué frio hace! Me ha escrito usted que venga á las diez y media; vea usted si soy exacto.
MAR. Tenemos que hablar.
GIR. Ha comido usted?
MAR. Sí, por qué?
GIR. Porque iriamos á cenar y hablariamos comiendo.
MAR. Tiene usted hambre?
GIR. He almorzado tan mal en el club!
MAR. Y qué hacen allí?
GIR. Cuando salí, estaban jugando.
MAR. Perdia Saint Gaudens?
GIR. Perdia veinte y cinco luises, y gritaba por mil escudos.
MAR. La otra noche cenó aquí con Olimpia.
GIR. Y quién mas?
MAR. Gaston de Rieux, le conoce usted?
GIR. Sí.
MAR. Armando Duval.
GIR. Quién es ese Armando Duval?
MAR. Un amigo de Gaston. Prudencia y yo. A esto se redujo la reunion. Nos divertimos mucho.
GIR. Si lo hubiese sabido, tambien habria venido. A propósito, salia de aquí alguien un poco antes que yo entrase?
MAR. Nadie.
GIR. Porque en el momento en que salia del coche, vino uno hácia mí como para saber quién era, y despues de haberme visto, se alejó.
MAR. (Si seria Armando?) (*toca la campanilla.*)
GIR. Quiere usted algo?
MAR. Sí, tengo que decir á Naninа. (*á Naninа, bajo.*) Baja, sal á la calle, y con disimulo mira á ver si ves á Armando Duval, y sube á decírmelo.
NAN. Sí señora. (*vase.*)
GIR. Sabe usted una noticia?
MAR. Cuál?
GIR. Gaguki se casa.
MAR. El príncipe polaco?
GIR. El mismo.
MAR. Con quién?
GIR. A que no acierta usted?
MAR. Que he de acertar!
GIR. Con Adelita.
MAR. Buena locura hace la pobre!
GIR. Quien la hace, es él.
MAR. Querido mio, cuando un hombre de mundo se casa con una muchacha como Adela, no es él quien hace una locura, sino ella la que hace un mal negocio. El tal polaco está arruinado; tiene una reputacion detestable, y si se casa con Adela, es por los doce ó quince mil francos de renta que unos despues de otros la han ido ustedes reuniendo.
NAN. (*volviendo.*) No señora. (*vase.*)
MAR. Ahora hablemos de cosas serias, mi querido Marqués.
GIR. De cosas serias? No seria mejor hablar de cosas alegres?
MAR. Despues veremos si usted toma el asunto alegremente.
GIR. Ya escucho.
MAR. El precio del papel ha bajado en la bolsa.
GIR. Y qué me importa?
MAR. Que esta seria la mejor ocasion... Tiene usted dinero contante?
GIR. Ah? necesita usted dinero?
MAR. Sí, necesitaba unos quince mil francos.
GIR. Ah! es un grano de anis!... Y para qué son los quince mil francos?
MAR. Porque debo.
GIR. Y quiere usted pagar á sus acreedores?
MAR. Es preciso pagarlos.
GIR. Absolutamente preciso?
MAR. Sí.
GIR. Pues entonces no hay mas que decir.
NAN. (*entrando.*) Señora, un mozo acaba de traer esta carta, y dice que se la entreguen á usted inmediatamente.
MAR. Quién me escribirá á estas horas? Si me permitis... (*leyendo, ap.*) Armando!.. qué significa esto?... «No me gusta representar papeles ridículos, ni aun »con la muger á quien amo. En el momento en que »salia de su casa de usted, entraba en ella el marques »de Giray; ni tengo la edad ni el carácter de Saint »Gaudens; perdone usted la única falta que tengo, »la de no ser millonario: olvidemos los dos que nos »hemos conocido, y que un instante hemos creido »amarnos. Cuando usted reciba esta carta, ya habré »dejado á París. Armando.»
NAN. Tiene respuesta?
MAR. No. Está bien. (Hé aquí un ensueño disipado! Y es lástima!)
GIR. Qué significa esa carta?
MAR. Significa, mi querido marqués, una buena noticia para usted.
GIR. Cómo es eso?
MAR. Gana usted con ella quince mil francos.
GIR. Sí? Pues es la carta mas fuerte que he ganado.
MAR. Ya no necesito lo que acababa de pedir.
GIR. Es decir, que los acreedores la envian á usted sin recibos?... Pues es una galanteria inusitada!
MAR. No es eso, es que estaba enamorada.
GIR. Usted?
MAR. Yo misma.
GIR. Y de quién, Dios mio?
MAR. De un hombre que no me amaba, como sucede con mucha frecuencia; de un hombre sin fortuna, como sucede siempre.

Gir. Ah! si, y con esos amores piensan ustedes rehabilitarse de los otros?

Mar. (*dando la carta al marqués.*) Vea usted lo que me escribe.

Gir. (*riendo.*) Mi querida Margarita... calla; es de Duval! Y está celoso ese caballero?... Ah! ya comprendo la inutilidad de los billetes de banco!... Pues era gracioso lo que usted hacia! (*deja la carta sobre la mesa.*)

Mar. Me habia usted ofrecido de cenar?

Gir. Y lo vuelvo á ofrecer; pues por mucho que usted coma, no llegará á quince mil francos; siempre me ahorro alguna cosa.

Mar. Pues bien, vamos á cenar; necesito tomar el aire.

Gir. Pues parece cosa seria; está usted agitada, querida mia.

Mar. Oh! no es nada. (*á Nanina.*) Dame un sombrero y un manton.

Nan. Cuál, señora?

Mar. El que quieras. (*al marqués.*) Querido amigo, es preciso tomar las cosas tales como son.

Gir. Ya estoy acostumbrado á semejantes baquetas.

Nan. Tendrá usted frio, señora. (*dándole lo que pidió.*)

Mar. No.

Nan. La espero á usted?

Mar. No; acuéstate; acaso vendré tarde. Vamos, Giray.

ESCENA VII.

Nanina, *sola.*

No hay mas, aqui debe suceder alguna cosa; la señora está conmovida, y esta carta que acaba de recibir, es sin duda la que la ha puesto en ese estado. (*tomándola.*) Hé aqui la carta... Diantres! El señor Armando lleva las cosas al estremo! Nombrado hace cuatro dias, y hoy dimisionario? Ha vivido lo que viven los hombres de Estado... Calla... La señora Duvernoy.

ESCENA VIII.

Nanina, Prudencia.

Pru. Ha salido Margarita?

Nan. Ahora mismo.

Pru. A dónde ha ido?

Nan. A cenar.

Pru. Con el marqués?

Nan. Si.

Pru. Ha recibido una carta?

Nan. Del señor Armando?

Pru. Qué ha dicho?

Nan. Nada.

Pru. Va á volver?

Nan. Si, pero tarde sin duda. Yo creí que estaria usted en la cama hace rato.

Pru. Lo estaba, y dormia profundamente, cuando fui despertada por fuertes campanillazos... fui á abrir... (*llaman.*)

Nan. Adelante.

Criado. La señora pide su talma de piel.

Pru. Está abajo?

Criado. Si, en el coche.

Pru. Dígala usted que tenga la bondad de subir, que la llamo yo.

Criado. Pero la señora no está sola.

Pru. No le hace... corred.

Arm. (*dentro.*) Prudencia!

Pru. Vamos!... ya tenemos al otro que se impacienta... Todos los celosos son lo mismo.

Arm. (*dentro.*) Qué tenemos?

Pru. (*á la ventana.*) Espere usted un poco! Qué diablo, ya le avisaré á usted.

ESCENA IX.

Los mismos, Margarita.

Mar. Qué me quiere usted, Prudencia?

Pru. Armando está en mi casa.

Mar. Y qué me importa?

Pru. Quiere verla á usted.

Mar. Para qué?... Yo no quiero recibirle; ademas, Giray me espera.

Pru. Me guardaré bien de darle semejante respuesta. Seria capaz de desafiar al marqués. Si no puede usted formarse una idea del estado en que se halla!

Mar. Pero qué quiere?

Pru. Acaso lo sé? Lo sabe él mismo? Pero bien sabemos lo que es un hombre enamorado.

Nan. Quiere usted la talma?

Mar. Todavia no.

Pru. Vamos, qué decide usted?

Mar. Ese hombre va á hacerme desgraciada si vuelvo á verle.

Pru. Pues entonces, hija, no le reciba usted; mas valo que las cosas se queden en el estado en que se hallan.

Mar. Es ese su parecer de usted?

Pru. Ciertamente.

Mar. Qué le ha dicho á usted?

Pru. Vamos, usted quiere verle... voy á llamarle... Y el marqués?

Mar. Que se espere.

Pru. No seria mejor despedirle?

Mar. Tiene usted razon; Nanina, baja y di al señor de Giray, que me hallo indispuesta, y no puedo acompañarle; que me dispense.

Nan. Bien, señora.

Pru. (*á la ventana.*) Armando! Vamos, venga usted... Oh! es bien seguro que no se hará llamar dos veces.

Mar. Quédese usted aqui mientras él esté.

Pru. No señora; si al cabo habia de llegar un momento en que usted me mandase retirar! Prefiero irme en seguida.

Nan. (*volviendo.*) El señor marqués ha marchado, señora.

Mar. Y qué ha dicho?

Nan. Nada, pero no parecia muy contento.

ESCENA X.

Los mismos, Armando.

Arm. Margarita... en fin!

Pru. Hijos mios, hasta mañana. (*vase.*)

ESCENA XI.

Margarita, Armando.

Arm. (*yendo á arrodillarse á los pies de Margarita.*) Margarita!

Mar. Qué quiere usted?

Arm. Que me perdone usted.

Mar. No lo merece usted. (*movimiento de Armando.*) Está bien que sea usted celoso, y que me hubiese escrito una carta irritada, pero no una carta irónica é impertinente... Me ha causado usted mucho mal!

Arm. Y usted, Margarita? Cree usted que no he padecido?

Mar. Si ha sido por causa mia, ha sido contra mi voluntad.

Arm. Cuando he visto llegar al marqués, cuando he

creido que usted me despedia por recibirle... he creido volverme loco; se me trastornó la cabeza, y escribi aquella carta. Y luego, en vez de recibir respuesta, en vez de disculpa, se me contesta friamente que está bien, que no habia respuesta que darme; considere usted cómo estaria mi espíritu. Entonces me pregunté á mi mismo, qué iba á ser de mi si no volviamos á vernos. El vacío se ha abierto instantáneamente en torno mio. No olvide usted, Margarita, que si no la conozco mas que de dos dias, la amo hace dos años.

MAR. Pues bien, amigo mio, ha adoptado usted una juiciosa resolucion.

ARM. Cuál?

MAR. La de ausentarse! No me ha escrito usted eso?

ARM. Y podria hacerlo?

MAR. Es preciso.

ARM. Es preciso?

MAR. Si, no solamente por usted, sino por mi... mi posicion me obliga á no volver á recibir á usted, y todo me prohibe amarle.

ARM. Luego me ama usted, Margarita?

MAR. Le amaba.

ARM. Y ahora?

MAR. Ahora he reflexionado, y veo que lo que habia esperado, es imposible.

ARM. Si usted me hubiese amado, no recibiria al marqués; sobre todo, esta noche.

MAR. Pues por lo mismo, vale mas que no pasemos adelante; soy jóven, hermosa, le agradaba á usted; soy sencilla, usted es instruido; era preciso tomar de mi lo que hay de bueno; dejar lo malo, y no hacer caso de lo demas.

ARM. No era asi como me hablaba usted hace poco, Margarita, cuando me dejaba entrever la esperanza de pasar juntos algunos meses lejos de Paris, lejos del mundo; y al caer de esta esperanza deliciosa, es cuando me he lastimado.

MAR. Cierto es; aun habia pasado mas adelante; me habia dicho á mi misma: un poco de retiro me hará bien; se interesa en mi salud, y si hay medio de pasar tranquilamente el verano con él en algun pueblo, en el fondo de algun bosque, esto servirá á mi completu restablecimiento. Vamos, está visto, jamás olvidareis el estado en que me habeis hallado; es preciso separarnos.

ARM. Estás loca, Margarita? Te amo, pero no por tu hermosura, no con un amor que dure tres ó cuatro meses; tú eres mi esperanza, mi vida. Te amo, qué mas puedo decirte?

MAR. Entonces, tienes razon: vale mas dejar de vernos desde este momento.

ARM. Si, porque tú no me amas.

MAR. Que yo no te... No sabes lo que te dices!

ARM. Pues por qué entonces?

MAR. Por qué? Quieres saberlo? Porque hay momentos en que ese ensueño comienza, y yo le llevo hasta el estremo. Porque hay dias en que estoy cansada de esta vida que llevo, y entreveo otra; porque en medio de nuestra existencia estrepitosa, de nuestra vanidad, nuestros sentidos viven; pero nuestro corazon se oprime, no pudiendo dilatarse, y nos sofoca. En efecto, tenemos cortesanos que se postran ante nuestras gracias, que inciensan y adornan nuestro trono, mas no es por nosotras, como dicen, sino por su vanidad. Somos las primeras en su amor propio, y las últimas en su consideracion. Tenemos amigas... amigas como Prudencia, cuya amistad llega al estremo de la servidumbre, pero no al del desinterés. Poco las importa lo que hacemos, con tal de que se las vea en nuestros palcos ó en nuestros carruages. Asi que, al rededor de nosotras, todo es vanidad, humillacion, mentira. Cuántas veces he soñado, sin osar decirselo á nadie, encontrar un hombre, bastante elevado, para no pedirme cuenta de lo pasado, y para que sea el amigo de mis impresiones? Este honibre le habia encontrado en el duque; pero la vegez ni proteje ni consuela, y mi corazon tenia otras exigencias. Entonces te encontré á ti, jóven ardiente, feliz; las lágrimas que te he visto derramar por mi, el interés que te habias tomado por mi salud, tus visitas durante mi enfermedad, tu franqueza, tu entusiasmo, todo me hacia ver en ti al hombre que yo buscaba desde el fondo de mi estrepitosa soledad. En un instante he edificado mi porvenir sobre tu amor: he soñado campos y pureza, y me he acordado de mi infancia... que tambien yo he tenido infancia! Mas era desear un imposible, y una palabra toya me lo ha probado. Querias saberlo todo, ya lo sabes.

ARM. Y crees que despues de semejante declaracion voy á abandonarte, cuando esas palabras han salido de tu boca! Cuando la felicidad viene á mi, crees tú que voy á huir de ella? No, Margarita, no; tu sueño se cumplirá, te lo juro. Basta de reflexiones; somos jóvenes, nos amamos, marchemos, siguiendo nuestro amor.

MAR. No me engañes, Armando; considera que una emocion violenta puede costarme la vida; acuérdate de quien soy, y lo que soy.

ARM. Eres un ángel y te amo.

NAN. (*llamando á la puerta.*) Señora?

MAR. Qué quieres?

NAN. Acaban de traer una carta.

MAR. Vamos, esta es la noche de las cartas! De quién es?

NAN. Del señor marqués.

MAR. Pide respuesta? (*tomándola.*)

NAN. Si señora.

MAR. Pues di que no la hay. (*éntranse en la izquierda.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion baja en Auteuil. En el fondo, frente el espectador, una chimenea. A cada lado una puerta vidriera que dá al jardin. A derecha é izquierda, en el primer término, una puerta de hojas; mesas y sillas.

ESCENA PRIMERA.

NANINA, PRUDENCIA, *despues* ARMANDO.

PRU. Y Margarita?

NAN. La señora está en el jardin con la señorita Niseta y el señor Gustavo.

PRU. Voy á buscarlos.

ARM. (*sale al tiempo que Nanina se retira.*) Ah! Usted aqui, Prudencia? Me alegro, porque tenemos que hablar. Hace quince dias que se marchó usted á Paris, llevándose el coche de Margarita.

PRU. Es cierto.

ARM. Desde entonces ni el coche ni los caballos han vuelto á parecer. Hace ocho dias dijo usted tendria frio al retirarse, y Margarita le dió á usted un chal de cachemir, que no ha vuelto á casa. En fin, ayer la dió á usted braceletes y diamantes para mandarlos componer, segun decia... Dónde están los caballos, el carruage, el chal y los diamantes?

Pru. Quiere usted que le diga la verdad?

Arm. Lo deseo.

Pru. Los caballos se han vendido á un asentista, que los ha tomado á cuenta, pues no estaban pagados. El chal lo mismo. Los diamantes estan empeñados; aquí traigo las papeletas.

Arm. Y por qué no me lo ha dicho usted antes?

Pru. Porque Margarita no queria.

Arm. Y á qué vienen esas ventas, esos empeños...

Pru. Para pagar... Cree usted, amigo mio, que no hay mas que amarse y vivir fuera de Paris con una vida pastoral y etérea? Nada de eso. Al lado de la vida poética, está la vida real, y las resoluciones mas aéreas están sujetas á la tierra, por medio de hilos ridículos, pero fuertes y difíciles de cortar. El duque, á quien vengo de ver, porque queria, si era posible, evitar tantos sacrificios, el duque no quiere hacer ya mas por Margarita; á menos que no se separe de usted, y á fé que en todo piensa menos en eso.

Arm. Pobre Margarita!

Pru. Sí, pobre Margarita!... demasiado buena, porque quién sabe en qué vendrá esto á parar? Sin contar que no contenta con lo que ha hecho, quiere vender cuanto tiene para pagar lo que debe. Aquí traigo en el bolsillo un proyecto de venta que acaba de entregarme su agente de negocios.

Arm. Y cuánto se necesita?

Pru. Treinta mil francos por lo menos.

Arm. Pues pida usted quince dias á los acreedores, y dentro de ese plazo lo pagaré yo todo.

Pru. Va usted á buscar prestado?

Arm. Sí.

Pru. Pues hará usted mal, porque será indisponerse con su padre, y embrollar los recursos.

Arm. Presumiéndome lo que está pasando, he escrito á mi escribano que queria delegar los bienes que me corresponden de mi madre, y acabo de recibir respuesta; la escritura se halla estendida, y solo falta llenar algunas formalidades; hoy mismo debo ir á Paris á firmar; entre tanto, procure usted que Margarita no lleve á efecto su proyecto.

Pru. Pero los efectos que llevo...

Arm. Cuando yo marche, vuelva usted á dejarlos como si yo no hubiera dicho nada, porque es preciso que ignore nuestra conversacion. Aquí viene, silencio.

ESCENA II.

Margarita, Niseta, Gustavo, Armando. Margarita, *al salir, pone un dedo en la boca para hacer seña á* Prudencia *de que calle.*

Arm. (*á Margarita.*) Querida mia, riña usted á Prudencia.

Mar. Por qué?

Arm. Ayer la dije que pasase por mi casa, y me trajese cartas si las habia; porque hace quince dias que no he ido á Paris, y lo primero que ha hecho ha sido olvidarse. Por lo mismo, será preciso dejarte por una ó dos horas. Hace un mes que no escribo á mi padre; nadie sabe donde estoy, ni aun mi criado, porque he querido evitar los importunos. Hace buen tiempo, Niseta y Gustavo estan ahí para acompañarte; subo en un carruaje, doy una vuelta por mi casa, y vuelvo al momento.

Mar. Vé, amigo mio, vé; pero si no has escrito á tu padre, no es culpa mia: bastantes veces te lo he dicho. Vuelve pronto: nos encontrarás charlando y trabajando á tu vuelta.

Arm. Dentro de una hora estoy aquí. (*vase; Margarita le acompaña hasta la puerta.*)

Mar. (*á Prudencia.*) Está todo corriente?

Pru. Sí.

Mar. Los papeles?

Pru. Aquí estan. El agente de negocios vendrá hoy á entenderse con usted; yo voy á almorzar, que tengo un hambre que no veo.

Mar. Vaya usted; Nanina dará á usted cuanto quiera.

ESCENA III.

Los mismos, menos Armando *y* Prudencia.

Mar. (*á Niseta.*) Ya ves, esta es la vida que llevamos hace tres meses.

Nis. Eres feliz?

Mar. Sí lo soy!...

Nis. Ya te lo he dicho, Margarita, la verdadera felicidad está en el reposo y en la paz del corazon. Cuántas veces Gustavo y yo nos hemos dicho: cuándo amará Margarita y pasará una vida mas tranquila?

Mar. Pues se cumplió vuestro deseo; amo y soy feliz; vuestro amor y felicidad son los que me han servido de ejemplo.

Nis. Ah! No me acordaba decírtelo. Gustavo es abogado, querida mia.

Mar. Ya le confiaré algunos asuntos.

Nis. Ha tenido una defensa; yo estuve en la Audiencia.

Mar. Y ha ganado?

Gus. He perdido; mi cliente fué condenado á diez años de presidio.

Nis. Y aun era poco.

Mar. Cómo poco?

Nis. Porque el tal cliente era un pícaro consumado... Qué maldita profesion la de abogado! Consistir su celebridad en poder decir: me encargué de la defensa de un asesino que habia matado á su padre, á su madre y á sus hijos; y tal ha sido mi talento, que le he hecho absolver, y he devuelto á la sociedad ese presente que la deshonraba.

Mar. Ahora que es abogado, pronto os casareis.

Gus. Así lo espero.

Mar. Qué feliz eres!

Nis. Acaso no acabarás tú por casarte?

Mar. Y con quién me he de casar?

Nis. Con Armando!

Mar. Armando!... Tiene derecho de amarme, pero no de casarse conmigo; tomaré su corazon, pero no su nombre. Hay cosas que una muger no puede borrar en toda su vida, Niseta, y que no debe dar á su marido el derecho de echárselas en cara. Si quisiera casarme con Armando, nos casariamos mañana; pero le amo demasiado para obligarle á hacer semejante cosa. Tengo razon, Gustavo?

Gus. Lo que usted tiene es delicadeza, Margarita.

Mar. Soy feliz, pues poseo una dicha que no me habia atrevido á prometerme.

Nis. En fin, con tal que seas dichosa, poco importa.

Mar. Lo soy. Quién me hubiese dicho hace pocos dias, que yo, Margarita Gautier, viviria en la soledad con un amigo, con un hermano, y que pasaria dias enteros á su lado, trabajando, leyendo y escuchándole?

Nis. Como nosotros!

Mar. Puedo hablaros francamente: hay momentos en que me olvido de lo pasado, y en que no echo de menos ni riquezas ni adoradores. Desconocida para mi misma, lo soy para los demas. Cuando vestida de blanco, cubierta con un sombrero de paja, llevando al brazo el manton que debe preservarme del rocío de la noche, entro con Armando en la lancha y nos dejamos llevar de la corriente, descansando bajo los

sauces de la vecina isla, quién será capaz de imaginarse que aquella sombra blanca es Margarita Gautier!... Solo en flores he gastado mas dinero que el que seria necesario para vivir un año una familia honrada! Pues bien, una flor como esta, que me dió Armando esta mañana, me basta para perfumarme todo el dia. Por otra parte, ya sabeis lo que es amar, y cuán dulcemente se deslizan las horas, y cómo nos conducen al término de los dias, de las semanas, de los meses, sin sacudimiento y sin fatiga!... Oh! Si, soy feliz; pero quiero serlo aun mas. Aun no os lo he dicho todo.

Nis. Pues qué hay?

Mar. Sin que Armando lo sepa, voy á vender mis muebles de Paris, al cual no pienso volver. Pagaré mis deudas, tomaré una habitacion cerca de la vuestra, la amueblaré con sencillez, y asi viviremos sin acordarnos de nadie, y sin que nadie se acuerde de nosotros. En el verano volveremos al campo, pero á una casita mas barata. Hay algunos que preguntan qué cosa es felicidad, y será preciso que nosotros se la hagamos conocer.

ESCENA IV.

Dichos y Nanina.

Nan. Señora, un caballero desea hablar con usted.

Mar. (*á Niseta.*) El agente de negocios que espero. Podeis dar una vuelta por el jardin, que al instante voy allá. Iré con vosotros á Paris, y lo terminaremos todo. (*á Nanina.*) Que entre. (*vanse Gustavo y Niseta.*)

ESCENA V.

Duval, Margarita.

Duv. (*á la puerta.*) La señora Margarita Gautier?

Mar. Servidora de usted. A quién tengo el honor de hablar?

Duv. A Jorge Duval.

Mar. Al señor Duval!

Duv. Si, al padre de Armando.

Mar. Armando no está aqui.

Duv. Lo sé, señora; pero deseo tener una esplicacion con usted. Tenga usted la bondad de escucharme. Mi hijo se compromete y se arruina por usted.

Mar. Se equivoca usted, caballero. Gracias á Dios ya nadie tiene que hablar de mi, y yo no admito nada de Armando.

Duv. Quiere decir, porque su lujo y sus dispendios son bien notorios; quiere decir, que mi hijo es bastante miserable para ayudarla á usted á gastar lo que usted acepta de los otros?

Mar. Perdone usted, caballero; pero soy muger, y estoy en mi casa, dos razones que deberian abogar en mi favor para con vuestra cortesia; el tono con que usted me habla no es el que debia esperar de un hombre á quien tengo el honor de ver por la primera vez. Asi...

Duv. (*con altaneria.*) Qué?

Mar. Suplico á usted me permita retirarme, mas por usted que por mi misma.

Duv. En verdad, que cuando uno se encuentra frente de usted y de sus modales, cuesta trabajo creer que todas esas cosas sean simuladas; que esos modales sean fingidos. Ya me habian dicho que era usted una persona peligrosa.

Mar. Si señor, peligrosa para mi, pero no para los demas.

Duv. Peligrosa ó no, señora, lo cierto es que Armando se arruina por usted.

Mar. Repito á usted, caballero, con todo el respeto que debo al padre de Armando, repito, señor mio, que está usted equivocado.

Duv. Entonces, qué significa esta carta de mi escribano, en que me previene que Armando quiere ceder á usted una parte de sus bienes?

Mar. Aseguro á usted, que si Armando ha hecho eso, es sin yo saberlo; porque si tal cosa me hubiera dicho, me hubiese negado á recibirlos.

Duv. Sin embargo, no siempre ha pensado usted del mismo modo.

Mar. Es cierto, pero entonces no amaba.

Duv. Y ahora?

Mar. Ahora es otra cosa. Ahora amo con toda la pureza que una muger puede encontrar en su corazon, cuando Dios se compadece de ella y la envia el arrepentimiento.

Duv. Escelentes frases!

Mar. Escúcheme usted, caballero. Bien sé cuán poco crédito dará á mis palabras; pero por lo que mas amo en el mundo, por mi amor á Armando, le juro á usted que ignoraba semejante donacion.

Duv. No obstante, señora, usted de alguna cosa vivia.

Mar. Ya que me obliga usted, caballero, voy á decirle lo que hubiera debido callar; pero como lo que mas deseo es el aprecio del padre de Armando, hablaré. Desde que conozco á su hijo de usted, para que mi amor no se parezca, ni por asomo, á todo cuanto hasta aqui ha tomado este nombre para conmigo, he empeñado ó vendido una gran parte de cuanto poseia, chales, alhajas, diamantes, carruages; y ahora mismo, cuando me digeron que uno me llamaba, creí que era mi agente de negocios, á quien vendo los muebles, cuadros, sillerias, todo el lujo que me echa usted en cara. Y si usted no quiere creerlo, aqui está la escritura, que no me parece que supondrá usted preparada para alucinarle, puesto que no le esperaba. Lea usted. (*le dá un papel.*)

Duv. (*leyendo.*) Una venta de todos sus muebles, con la obligacion de satisfacer las deudas y entregarla el sobrante? (*mirándola.*) Dios mio, si me habré engañado?

Mar. Si señor, se ha engañado usted; ó por mejor decir, le han engañado. Si, he sido loca, he tenido un triste pasado, pero para borrarle, desde que amo, daria hasta la última gota de mi sangre. Oh! Sea lo que quiera lo que le hayan dicho, tengo corazon, soy buena, y usted mismo lo dirá cuando me conozca mejor. Armando es quien me ha transformado. Un poco de amor devuelve á una muger su inocencia perdida. Soy tan dichosa hace tres meses!... Usted, que es su padre, debe ser bueno como él, le ruego no le hable mal de mi, porque le ama á usted y lo creeria; y le respeto á usted y le amo, porque es su padre.

Duv. Perdone usted, señora, la falta de atencion con que me he presentado; no la conocia á usted, no sabia los nobles sentimientos que en usted se abrigan. Llegaba irritado del silencio de mi hijo, y de su ingratitud, de la cual os acusaba. Perdonad, señora.

Mar. Oh! Gracias, caballero, gracias por tales palabras.

Duv. Asi, en nombre de esos nobles sentimientos, voy á pedirle, por la felicidad de mi hijo, un sacrificio mayor aun que todos los que usted ha hecho.

Mar. Dios mio!

Duv. Escuche usted, hija mia, y no tome á mal lo que voy á decirla.

Mar. Oh! Caballero, callad por Dios; vais á pedirme alguna cosa terrible; tanto mas terrible, cuanto que la tenia prevista; le esperaba á usted, era demasiado dichosa.

Duv. No, no estoy ya enfadado; hablamos como dos corazones honrados, que tienen un mismo amor, aunque en sentido diferente, y deseosos ambos de probar nuestro afecto, de hacer dichoso á aquel á quien amamos.

Mar. Si señor, si, hable usted.

Duv. Su alma de usted tiene virtudes, y por eso voy á hablar á usted como un padre, Margarita; como un padre que viene á pedir á usted la felicidad de sus dos hijos.

Mar. De sus dos hijos?

Duv. Si, Margarita, de sus dos hijos. Sepa usted lo que aquí me conduce. Tengo una hija jóven, bella, pura como un ángel. Tambien ella ama á un hombre, y de este amor ha hecho el ensueño de su vida. Voy á casarla; se lo he dicho todo á Armando, pero Armando, entregado á su amor, ni aun ha recibido mis cartas. Bien hubiera podido morirme sin que él hubiese sabido una palabra. Pues bien, mi hija, mi Blanca, se casa con un hombre honrado; voy a entrar en una familia noble, que quiere que todo sea noble tambien en la mia. El mundo tiene sus exijencias, hija mia, y sobre todo, el mundo de provincia. Tan purificada como usted lo está á los ojos de Armando, y aun á los mios, por el amor que esperimenta, no lo está usted á los ojos de un mundo, que no verá en usted sino el pasado, y que la cerrará desapiadadamente sus puertas. La familia del jóven que va á ser mi yerno, ha sabido sus relaciones con Armando, y me ha dicho que retirará su palabra si mi hijo no cambia de vida. El porvenir de una jóven, que ningun mal ha hecho á usted, puede cambiarse si continuan asi las cosas. Margarita, en nombre de vuestro amor, concededme la felicidad de mi hija.

Mar. Cuánto agradezco á usted, caballero, la bondad con que me habla! Y qué podré negar á unas palabras tan cariñosas? Si señor, le comprendo á usted, tiene usted razon. Marcharé á Paris, me alejaré de Armando por algun tiempo. Muy doloroso me es, pero lo haré, para que no tenga usted que echarme nada en cara. Por otra parte, la esperanza de nuestra pronta reunion hará llevaderos los pesares de la ausencia. Le permitireis que me escriba algunas veces; y cuando su hermana se haya casado...

Duv. Gracias, Margarita, gracias por la inteligencia de vuestro corazon; pero es otra cosa lo que yo deseo.

Mar. Otra cosa! Y qué mas puede usted pedirme?

Duv. Escuche usted, Margarita, y pensemos francamente lo que debemos hacer: no basta una ausencia momentánea.

Mar. Luego usted quiere que deje á Armando enteramente.

Duv. Es preciso!

Mar. Eso no, caballero, jamás! Separarme de Armando, seria ahora, mas que una injusticia, un crimen! No sabe usted cómo nos amamos! No sabe que no tengo amigos, ni parientes ni familia, y que amándome, me ha jurado serlo todo para conmigo, y ha encerrado mi vida en la suya?... No sabe usted, en fin, que estoy atacada de una enfermedad mortal, que no me restan mas que unos pocos años de vida, y que he hecho de mi amor la esperanza de estos años? Dejar á Armando, caballero, es tanto como quitarme la vida.

Duv. Vamos, hija mia, calma, y no exageremos las cosas. Es usted jóven, hermosa, y toma por enfermedad lo que no es mas que el cansancio de una vida agitada. Por fortuna no morirá usted antes de la edad en que se tiene por una felicidad la muerte. La pido á usted un sacrificio, lo sé, pero, por desgracia, se halla usted obligada á hacérmele. Usted conoce á Armando hace tres meses, y le ama; pero un amor tan jóven, tiene derecho para romper todo un porvenir?... Y está usted segura de la constancia de ese amor?... No se ha engañado usted ya alguna vez? Y si tarde ó temprano llegase usted á conocer que no amaba á mi hijo?... Si llegase usted á enamorarse de otro?... Perdone usted, Margarita, pero el pasado dá derecho á estas suposiciones.

Mar. Jamás, caballero, jamás he amado, ni amaré como amo.

Duv. Sea, pero si usted no se engaña, quizá sea mi hijo quien se engañe. A la edad que ambos teneis, puede el corazon tomar un compromiso definitivo? No cambia continuamente de afecciones? Este mismo corazon, es el que siendo hijo, ama á sus padres sobre todo; esposo, ama á su muger mas que á sus padres, y padre despues, ama á sus hijos mas que á padres, mugeres y amigos. La naturaleza es exigente, porque es pródiga, y puede muy bien suceder, que usted se engañe segun estas probabilidades. Si aun deseais mas pruebas, os las daré.

Mar. Si, hablad. (Dios mio, valedme!)

Duv. Usted se encuentra dispuesta á sacrificarlo todo por mi hijo, pero qué sacrificio podria él hacer por vos? Pasareis juntos la flor de vuestros bellos años, y luego, cuando llegue la saciedad, porque tiene que llegar, qué sucederá? Que se convertirá en un hombre vulgar, y echándola en cara su pasado, la abandonará despues, siguiendo el ejemplo de los demas; ó que conservándose fiel á su palabra, se case con usted. Mas este enlace, que no habrá tenido por base ni la castidad, ni la religion, ni las afecciones de familia por resultado; un suceso, que seria escusable en el hombre jóven, lo será en el hombre maduro? Qué ambicion le será permitida, qué carrera le será abierta, qué consuelo sacaré yo de mi hijo, despues de haber sacrificado veinte años por su felicidad?... Vuestro amor no es el fruto de dos simpatias puras, la union de dos castos afectos; es la pasion en cuanto tiene de humano y de terrestre; ha nacido del capricho del uno y de la fantasia del otro. En una palabra, vuestro amor es un resultado y no una causa; qué quedará de él cuando los dos hayais envejecido?... Quién os ha dicho que las primeras arrugas de vuestra frente, no arrancarán el velo de vuestros ojos, y que el amor no morirá con vuestra juventud?

Mar. Ah! callad, callad!

Duv. Ya ve usted cuál será su doble vejez; doblemente desierta, doblemente aislada; doblemente inútil? Qué recuerdo dejará usted? Qué bien habrá usted hecho?.. No, Margarita, hay necesidades crueles en la vida, pero contra las cuales se estrella el que trata de combatirlas... Usted y mi hijo tienen que seguir dos caminos enteramente opuestos, que la casualidad ha reunido un momento, y que la razon separa para siempre. En la vida que usted observó voluntariamente, no previó lo que debia suceder. Ha sido usted feliz tres meses; no manche usted esa felicidad, cuya continuacion es imposible; conserve usted el recuerdo en su corazon, esto es lo único que puede exigir. Es severo lo que digo, cruel lo que reclamo; pero el aprecio que usted me merece, es lo que me obliga á hablar así; quiero deber á su corazon, á su afecto para mi hijo, el sacrificio que hubiera exigido á la fuerza y á la ley. Algun dia se alegrará usted de lo que haya hecho, y toda su vida conservará el aprecio de sí misma. El que la habla á usted es un hombre que conoce la vida; el que la implora es un padre des-

consolado. Margarita, hija mia, ánimo, y pruébeme usted que ama á mi hijo.

Mar. (*á si misma.*) Con que es decir, que la criatura que cae, haga lo que quiera, no llega á levantarse! Dios quizá la perdona, y el mundo es inflexible!..! Y con qué derecho quieres tú, desgraciada, tomar en el seno de las familias, un lugar que el pudor solo puede ocupar?.. Amas!... Y eso, qué importa?... Escelente razon por cierto! Por muchas pruebas que des de tu amor, no te creerán, y es muy justo. A qué nos hablas de corazon y de porvenir? Palabras nuevas y desconocidas... Vuelve la vista al fango de tu pasado; qué hombre querrá llamarte su muger? Qué niño querria darte el título de madre? (*á Duval.*) No me sorprende lo que usted acaba de decir, caballero; eso mismo me lo he repetido mil veces con terror; pero como era yo misma quien me lo decia, llegaba hasta el estremo de no oirme. Usted me lo repite, luego es positivo; es preciso obedecer. Usted me habla en nombre de su hijo, de su hija; cuán bello es invocar semejantes nombres! Caballero, algun dia dirá usted á esa jóven pura y hermosa, porque á ella es á quien sacrifico mi porvenir, que hubo una muger, que no teniendo mas que un pensamiento, una felicidad en este mundo, todo lo renunció, todo lo sacrificó al oir invocar su nombre; que destrozando el corazon entre sus manos, á si misma se dió muerte... Si, porque moriré, y acaso Dios me perdonará! (*llora.*)

Duv. (*enjugando sus lágrimas.*) Infeliz muger!

Mar. Cómo, me compadeceis y llorais conmigo! Gracias, señor, por esas lágrimas; ellas son un bálsamo, que consuela mi pobre corazon. Usted me pide que me separe de su hijo, por su tranquilidad, por su felicidad, por su porvenir? Qué mas quiere usted que haga? Digamelo usted, estoy pronta.

Duv. Es necesario decirle que no le ama usted.

Mar. (*sonriendo con tristeza.*) Acaso me creerá?

Dov. Es preciso partir.

Mar. Y á qué país, que no siga mis huellas?

Duv. Entonces...

Mar. Decidme, estais convencido de que amo á Armando? Que le amo con un amor desinteresado?

Duv. Si, Margarita.

Mar. Pues bien, juro á usted que antes de ocho dias, Armando habrá regresado al hogar paterno; quizá desgraciado por algun tiempo, pero curado para siempre. Juro tambien que nunca sabrá lo que ha pasado entre nosotros.

Duv. Sois una noble jóven, Margarita; pero temo...

Mar. No tema usted nada, caballero, me odiará. (*llama con la campanilla y Nanina sale.*) Di á Prudencia que venga.

Nan. Bien, señora.

Mar. (*á Duval.*) La última gracia, caballero.

Duv. Hable usted, señora, hable usted.

Mar. Dentro de algunas horas Armando va á sufrir uno de los mayores dolores que ha tenido ni pueda tener en toda su vida. Tendrá necesidad de un corazon que le consuele. Procure usted hallarse á su lado... Y ahora, separémonos; podria volver de un momento á otro, y si le viese á usted, todo era perdido.

Duv. Qué va usted á hacer?

Mar. Si se lo digese, seria ponerle en el compromiso de prohibirmelo.

Duv. Ahora bien, Margarita, qué puedo yo hacer en cambio de lo que usted va á hacer por mi?

Mar. Cuando yo haya muerto, y Armando maldiga mi memoria, podrá usted decirle que le amaba de corazon; y que lo he probado...: Oigo ruido... Adios, caballero; no volveremos á vernos probablemente; sea usted dichoso. (*vase Duval.*)

ESCENA V.

Margarita, Prudencia.

Mar. Dios mio, dadme valor. (*escribe una carta.*)

Pru. Me llama usted?

Mar. Si, quiero encargarle á usted una cosa.

Pru. Qué es?

Mar. Esta carta.

Pru. Para quién?

Mar. Mirad... (*le dá la carta, Prudencia la lee, y luego la cierra.*) Silencio y partid en seguida. (*vase Prudencia.*)

ESCENA VI.

Margarita, *despues* Armando.

Mar. (*sola.*) Ahora una carta á Armando! Qué le diré, Dios mio?... Perdonadme la pesadumbre que voy á causarle, y perdonadle á él la que me causará... Oh! Estoy loca, ó sueño? Parece imposible que esto suceda! No, no tendré valor... No se debe exigir á una criatura humana mas de lo que puede hacer.

Arm. (*que en este tiempo ha entrado, y se ha acercado á Margarita.*) Qué haces, Margarita?

Mar. Armando! (*levantándose.*) Nada, amigo mio.

Arm. Escribias?

Mar. No... si.

Arm. De qué proviene esa turbacion, esa palidez?... A quién escribias, Margarita? Dame esa carta.

Mar. Esta carta es para ti, Armando; pero te suplico, en nombre del cielo, me dispenses de dártela.

Arm. Creí que ya habiamos acabado con los secretos y los misterios.

Mar. No menos que con las sospechas, segun parece.

Arm. Perdona, Margarita; pero yo tambien estoy preocupado.

Mar. Qué te sucede?

Arm. Mi padre ha venido.

Mar. Le has visto?

Arm. No, pero ha dejado en mi casa una carta severa. Ha sabido mi retiro, mi nuevo amor: debe venir esta noche. Habrá una larga esplicacion, porque Dios sabe lo que le habrán dicho, y de lo que tendré que disuadirle; pero te verá, y viéndote, no podrá menos de amarte. Ademas, qué importa? Dependo de él, es cierto; pero si fuese necesario, trabajaré. Qué trabajo podrá serme duro, cuando al llegar la noche, tenga tu amor por recompensa?

Mar. (Cómo me ama, Dios mio!) Pero es preciso no indisponerte con tu padre, querido mio. Dices que va á venir? Pues bien, yo me retiro, para que no me vea en el primer momento; pero volveré, y estaré ahi, á tu lado... Me arrojaré á sus pies, y le suplicaré tanto, que no nos separará. (*con agitacion.*)

Arm. Por qué me dices eso, Margarita! Ah! alguna cosa sucede. No es la noticia que te anuncio, lo que asi te agita. Apenas puedes tenerte en pie!... Vamos, aquí sucede alguna desgracia... Esa carta... (*tiende la mano.*)

Mar. (*deteniéndole.*) Esta carta contiene una cosa que no puedo decirte; bien sabes que hay cosas que no son para dichas, ni para leidas delante de uno. Esta carta es una prueba de amor, que yo te doy, Armando mio; te lo juro por nuestro amor; no me preguntes mas.

Arm. Oh! guarda esa carta, Margarita; lo sé todo. Prudencia me lo ha dicho esta mañana, y por eso he ido á Paris. Sé el sacrificio que querias hacerme, y mientras que tú te ocupabas de mi felicidad, tambien yo me ocupaba de la tuya. Ahora ya queda todo arreglado, y ese era el secreto que no querias confiarme. En dónde hallaré jamás tanto amor, querida Margarita?

Mar. Pues bien, ya que todo lo sabes, déjame partir.

Arm. Partir!

Mar. Alejarme al menos. No puede llegar tu padre de un momento á otro? Ahí estaré, á dos pasos de ti, en el jardin, con Gustavo y Niseta; en cuanto me llames, estaré á tu lado. Cómo podria yo separarme de ti? Tú calmarás á tu padre si está irritado, y despues se realizará nuestro proyecto. Sí?... Viviremos los dos juntos, y nos amaremos como hasta aquí, y seremos dichosos, como lo somos hace tres meses. Porque tú eres feliz, no es verdad? Nada tienes que reprenderme? Dimelo, y eso me alegrará. Pero si te he causado algun pesar, perdóname, no ha sido por culpa mia, porque yo te amo mas que nada en el mundo!... Y tú tambien me amas, es verdad que sí?... Y por muchas pruebas de amor que te haya dado, ni te he despreciado, ni te he maldecido. (*llora.*)

Arm. Pero á qué vienen esas lágrimas?

Mar. Necesitaba llorar un poco; pero ahora, ya lo ves, estoy tranquila... Voy á buscar á Niseta y Gustavo. Allí estoy á tus órdenes, pronta á reunirme contigo, amándote siempre. Mira, ves como me sonrio?... Adios, hasta luego. (*ap., con dolor.*) Hasta la eternidad! (*vase.*)

ESCENA VII.

Armando, *solo; despues* Nanina.

Arm. Pobre Margarita! Cómo le asusta la idea de separarnos! Cómo me ama! (*á Nanina, que arregla la chimenea.*) Nanina, si viene un caballero á preguntar por mí, es mi padre, hazle que entre en seguida. Si quiere ver á Margarita, dile que está en Paris.

Nan. Bien, señor.

Arm. Hacia mal en alarmarme; mi padre me comprenderá; lo pasado ha muerto, y por otra parte, no hay una diferencia enorme entre Margarita y las demas mugeres de su clase? Las siete ya, y mi padre acaso no vendrá esta noche... Nanina, dame una luz, y que preparen la comida. (*vase Nanina.*) Me parece tan largo el tiempo cuando no estoy á su lado! Qué libro es este? Amores de Dante! Como si nosotros necesitásemos de estos libros para amarnos! (*á Nanina, que entra con una lámpara.*) Mi padre no vendrá esta noche; di á la señora que entre.

Nan. La señora no está aquí.

Arm. Cómo!... Pues dónde está?

Nan. Ha marchado en un carruage; me ha mandado decir á usted que viene en seguida.

Arm. Se ha ido con la señora Duvernoy?

Nan. La señora Duvernoy marchó antes que la señora.

Arm. Está bien. (*vase Nanina.*) Es capaz de haber ido á Paris para ocuparse de esa venta que queria hacer. Afortunadamente, Prudencia está prevenida, y ya encontrará medio de impedírselo. (*mira por la ventana.*) Me parece ver una sombra en el jardin. (*llamando.*) Margarita!... Margarita!... Nadie... Nanina, Nanina. (*toca la campanilla.*) Tampoco responde! Qué significa esto?... Este silencio me asusta... Por qué he dejado salir á Margarita? Quizás me ocultaba alguna cosa!... Lloraba!... Si me engañará?

Un Demandadero. (*entrando.*) El señor Armando Duval?

Arm. Yo soy.

Dem. Esta carta para vos.

Arm. De quién es?

Dem. Acaba de dármela una señora.

Arm. Y cómo habeis llegado hasta aquí?

Dem. La reja del jardin estaba abierta... he llamado, y no me han respondido; he visto luz aquí... y

Arm. Basta... está bien, tomad. (*vase el demandadero; viendo el sobre.*) Una carta de Margarita! Por qué estoy tan conmovido?... Sin duda me espera en alguna parte. (*va á abrir la carta.*) Tiemblo!... Vamos, qué niño soy! (*durante este tiempo entra Duval, y se pone detrás de su hijo.*) A la hora en que usted reciba esta carta... (*dá un grito.*) Ah! (*se vuelve, y ve á su padre.*) Mi padre! Ah! padre mio! (*se arroja en sus brazos sollozando; Duval toma la carta y lee.*)

Duv. (Pobre muger, cuánto debe sufrir!)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete en casa de Olimpia.—Puerta en el fondo, que comunica á un salon espléndidamente iluminado. A derecha é izquierda una puerta.—Mesa de juego, y jugadores á la derecha.—Varias personas sentadas en un sofá, á la izquierda; criados sirviendo refrescos; otros pasean en el fondo.—Ruido de orquesta, baile, movimiento.

ESCENA PRIMERA.

Gaston, Arturo, *el* Doctor, Prudencia, Saint Gaudens, Olimpia *y convidados.*

Gas. (*tallando.*) Juego, señores.

Art. Cuánto hay de banca?

Gas. Cien luises.

Art. Cinco francos al rey.

Gas. Y para cinco francos, preguntas cuánto hay de banca?

Art. Quieres que juegue diez luises bajo palabra?

Gas. No. (*al doctor.*) Y usted, doctor, no juega?

Doc. No.

Gas. Pues á qué ha venido usted?

Doc. A hablar con las mugeres hermosas; á darme á conocer.

Gas. Pues si asi es, juego...

Pru. Espere usted; diez francos al siete.

Gas. Dónde están?

Pru. En mi bolsillo.

Gas. (*riendo.*) Quince francos doy por verlos.

Pru. Calla!... Pues me he dejado el bolsillo en casa!

Gas. Ese es un bolsillo que sabe su obligacion... Tome usted, ahí tiene usted veinte francos.

Pru. Yo te los devolveré.

Gas. (*tallando.*) El as. (*recoge el dinero.*)

Pru. Siempre gana.

Art. Ya pierdo cincuenta luises.

Doc. Cincuenta luises! Como si lo viese, no llegan á cincuenta francos.

Gas. Vamos, señores, juegan ustedes, ó qué hacen?... Juego.

Olim. (*sale con Saint Gaudens.*) Ola, estamos jugando?

Arm. Sí por cierto.

Olim. Deme usted diez luises, Saint Gaudens; voy á jugar un poco.

Gau. Hola, doctor, celebro ver á usted; tengo que hacerle una consulta. (*se retiran hablando al fondo.*)
Gas. (*dirigiéndose á Olimpia.*) Dígame usted, amiga mia, y Margarita, no ha venido?
Olim. Me dijo esta tarde que vendria.
Gas. Y Armando?
Pru. Armando no está en Paris... No saben ustedes lo que ha sucedido?
Gas. No.
Pru. Estan tronados.
Art. Eso ya es antiguo. Juego.
Pru. Si, Margarita le ha dejado.
Gas. Cuándo?
Pru. Hace un mes.
Olim. Y qué bien ha hecho!
Gas. Por qué?
Olim. Porque siempre debemos dejar á los hombres, antes que ellos nos dejen.
Art. Vamos, señores, jugamos, ó no?
Gas. Qué cargante eres! Tanto gritar por un par de francos que juegas! Juego.
Pru. Saint Gaudens, préstame usted tres luises.
Gau. Tome usted. (Que nunca me he de ver libre de cucas!)
Gau. (*levantándose.*) Señores, la banca ha quebrado... Si me hubiesen dicho: Gaston, te doy quinientos francos, con tal de que te lleves toda una noche tallando, no los hubiese aceptado... Y no obstante, hace dos horas que estoy aqui para perder dos mil francos... (*otro toma la banca.*)

ESCENA II.

Los mismos, Armando.

Gau. No juega usted mas?
Gas. No.
Gau. (*señalando á los jugadores de ecarté que hay en el fondo.*) Vamos á apostar al juego de aquellos señores.
Gas. No tengo confianza. Es usted quien les ha convidado?
Gau. No; son amigos de Olimpia, á quienes conoció en el estrangero.
Gas. Buenos cucos me parecen!
Pru. Calla! Aqui tenemos á Armando.
Gas. (*á Armando.*) Ahora mismo estábamos hablando de ti.
Arm. Y qué era?
Pru. Deciamos que estaba usted en Tours, y que no volveria tan pronto.
Arm. Pues se han equivocado ustedes, amigos mios.
Gas. Cuándo has llegado?
Arm. Hace una hora.
Pru. Y bien, querido Armando, qué me cuenta usted de nuevo?
Arm. Nada, amiga mia; y usted?...
Pru. Ha visto usted á Margarita?
Arm. No.
Pru. Va á venir.
Arm. Pues bien, entonces la veré. (*con ingenuidad.*)
Pru. Y lo dice usted con esa frescura?
Arm. Pues cómo quiere usted que lo diga?
Pru. Luego se ha curado su corazon?
Arm. Perfectamente. Si asi no fuese, estaria yo aqui?
Pru. Luego ya no se acuerda usted de Margarita?
Arm. Decir que no me acuerdo, seria mentir. Pero felizmente, soy de aquellos hombres en quienes el modo de comportarse hace mucho. Margarita me ha despedido de una manera tan trivial, que me he creido un necio en haberla tenido tanto cariño; porque verdaderamente estaba muy enamorado de ella.
Pru. Tambien le amaba á usted, y le ama un poco; pero ya era tiempo que eso concluyese; iban á vender todos sus bienes.
Arm. Y ahora está todo pagado?
Pru. No debe un cuarto?
Arm. Y será el señor de Varville quien habrá dado los fondos para ello?
Pru. Si señor.
Arm. Entonces estará en grande.
Pru. Hay hombres que se pintan solos para eso. En una palabra, la ha vuelto á comprar los caballos, los carruages, las joyas, y la ha devuelto su antiguo lujo. Ah! En cuanto á dichosa, lo es sin duda alguna.
Arm. Y vivirá en Paris?
Pru. Si señor; no ha querido volver á Auteuil desde que usted marchó. Yo soy quien ha ido á recoger todos los muebles y ropas, y aun los de usted. Por cierto que tengo que entregar á usted algunas cosas; en mi casa estan. Solo una carterita, con su cifra de usted, es lo que ha tomado Margarita; si usted quiere, se la pediré.
Arm. Que la guarde.
Pru. Por lo demas, jamás la he visto como ahora; no duerme apenas; pasa las noches en los soarés; hace poco, de resultas de una cena, ha estado cuatro dias en cama, y apenas se levantó, volvió á lo mismo, aun á riesgo de su vida. Si sigue asi, vivirá muy poco. Piensa usted verla?
Arm. No por cierto; y aun trato de evitar toda clase de esplicaciones. El pasado murió de apoplegia.
Pru. Vamos, está usted muy razonable, de lo que me alegro infinito.
Arm. (*viendo á Gustavo.*) Mi querida Prudencia, alli veo un amigo á quien tengo que hablar. Con permiso de usted...
Pru. Usted le tiene. (*va al juego.*) Diez francos...

ESCENA III.

Los mismos, Gustavo.

Arm. Con que recibiste mi carta?
Gus. Si, por eso he venido.
Arm. Habrás estrañado te cite á un lugar tan poco en armonia con tus habitudes?
Gus. Si, lo confieso.
Arm. Hace mucho que no ves á Margarita?
Gus. Desde que la ví contigo.
Arm. Con que no sabrás nada?
Gus. Nada; instrúyeme.
Arm. Creias que Margarita me amaba, no es verdad?
Gus. Y aun lo creo.
Arm. (*entregándole la carta de Margarita.*) Lee.
Gus. Y es Margarita quien ha escrito esto?
Arm. La misma.
Gus. Cuándo?
Arm. Hace un mes.
Gus. Y qué has respondido?
Arm. Qué habia de responder?... El golpe era tan duro que creí volverme loco! Margarita engañarme! A mi, que la amaba tanto!... Oh! Esas mugeres no tienen alma!... Me dejé conducir por mi padre, como una cosa inerte; asi llegamos á Tours. No podia dormir; me ahoga. Habia amado mucho á esa muger para que pudiese serme indiferente; era preciso, ó que la amase, ó que la aborreciese. En fin, no pude resistir; me pareció que iba á morir si no volvia á verla; si no escuchaba de su boca lo que me habia escrito. He ve-

nido aquí porque creo que vendrá. No sé lo que vá á suceder, pero evidentemente sucederá alguna cosa, y tal vez tenga necesidad de un amigo.

Gus. Estoy á tu disposicion; pero por Dios, reflexiona un poco; tienes que habértelas con una muger, y el mal que se hace á una muger, se reputa por un acto de cobardía.

Arm. Enhorabuena; tiene un amante, y él me pedirá satisfaccion.

Un criado. (*anunciando.*) La señora Margarita Gautier, el señor conde de Varville.

Arm. Ahí está.

Olim. (*saliendo á recibir á Margarita.*) Qué tarde vienes!

Con. Venimos de la ópera. (*dá la mano á los hombres.*)

Pru. (*á Margarita.*) Está usted mejor?

Mar. Muy bien, gracias.

Pru. Armando está ahí.

Mar. Armando!

Pru. Sí. (*en este momento Armando, que está junto á la mesa de juego, vé á Margarita, ella sonríe tímidamente, y él la saluda con frialdad; Armando se sienta á jugar á la banca.*)

Mar. He hecho mal en venir á este baile.

Pru. Por qué?

Mar. Usted me lo pregunta?

Pru. Un dia ú otro habia usted de encontrarle, con que cuanto antes, mejor.

Mar. Le ha hablado á usted?

Pru. Sí.

Mar. De mí?

Pru. Eso es consiguiente.

Mar. Qué ha dicho?

Pru. Que no la quiere á usted mal, y que habia usted hecho bien.

Mar. Si así es, me alegro; pero es imposible que lo diga de corazon. Me ha saludado con mucha frialdad, y está muy conmovido. (*mirándole de reojo.*)

Con. (*bajo á Margarita.*) Allí está Duval.

Mar. Lo sé.

Con. Me jura usted que ignoraba su presencia en este sitio?

Mar. Lo juro.

Con. Entonces, prométame usted no hablarle.

Mar. Lo prometo; pero lo que no puedo prometer, es no contestarle si me habla. Prudencia, no se separe usted de mi lado.

Doc. (*á Margarita.*) Buenas noches, Margarita.

Mar. Ah! Es usted, doctor! Cómo mi mira usted!

Doc. Creo que es lo mejor que puedo hacer cuando estoy frente á usted.

Mar. Me encuentra usted desmejorada, no es verdad?

Doc. Cuídese usted, señora, cuídese usted. Mañana iré á ver á usted, para reñirla á mi gusto.

Mar. Eso es, riñame usted, y se lo estimaré. Se va usted ya? (*al Doctor, que saluda.*)

Doc. No, pero no tardaré. Tengo el mismo enfermo que visitar todos los dias á la misma hora, hace seis meses.

Mar. Qué constancia! (*le dá la mano y se aleja.*)

Gus. Buenas noches, Margarita.

Mar. Oh! Cuánto me alegro de ver á usted, mi buen Gustavo. Ha venido Niseta?

Gus. No.

Mar. Perdone usted, no me acordaba que Niseta no debe venir á estas reuniones. Amela usted mucho, Gustavo. Es tan dulce ser amado! (*se enjuga los ojos.*)

Gus. Qué tiene usted, Margarita?

Mar. Gustavo, soy muy desgraciada!

Gus. Vamos, no llore usted. Por qué ha venido usted aquí?

Mar. Soy dueña de mi misma?... Por otra parte, es en mí una necesidad el aturdirme.

Gus. Pues bien, si quiere usted creerme, deje usted pronto este baile.

Mar. Por qué?

Gus. Porque no sabemos lo que puede suceder. Armando...

Mar. Armando me aborrece y desprecia, no es verdad?

Gus. No señora. Armando la ama á usted. No vé usted qué pálido está? No es dueño de sí mismo; podria haber un compromiso entre él y el señor de Varville. Preteste usted una indisposicion, y retírese.

Mar. Un desafío por mí entre Varville y Armando! Oh! Es imposible! Tiene usted razon, Gustavo, voy á partir. (*se levanta.*)

Con. (*acercándose á ella.*) A dónde va usted, Margarita?

Mar. Estoy mala, amigo mio, y deseo retirarme.

Con. No, no está usted mala, Margarita; usted quiere retirarse porque Duval está ahí, y no parece que se ocupe de usted; pero ya comprenderá usted, que yo ni puedo ni debo representar un papel ridículo, dejando el sitio en que él se encuentra. Ha querido usted venir á este baile, está usted en él, pues permanezca usted.

Olim. (*á Margarita.*) Qué cantaban en la ópera esta noche?

Con. *La Favorita.*

Arm. La historia de una muger que engaña á su amante.

Pru. Oh! Eso es ya muy comun.

Olim. Pues yo digo que no hay mugeres que engañen á su amante.

Arm. Señorita, las hay.

Olim. Dónde?

Arm. En todas partes.

Gas. (*á Armando, que juega.*) Canario, Armando, qué juego estás haciendo!

Arm. Qué quieres? Voy á ver si es cierto el adágio: *Desgraciado en amores, afortunado en el juego.*

Gas. Pues por esa regla debes ser desgraciadísimo con las mugeres!

Arm. Trato de hacer fortuna esta noche, y cuando haya ganado mucho dinero, me iré á vivir al campo.

Olim. Solo?

Arm. No; con cierta persona, con quien ya he vivido, y que me abandonó. Quizá cuando sea rico... (Ni una palabra!)

Gus. (*bajo.*) Calla, Armando; mira en qué estado se encuentra esa pobre jóven!

Arm. Es una historia peregrina, y debo contárosla... figura en ella cierto sugeto... que es un tipo bastante original.

Con. (*acercándose.*) Caballero!

Mar. (*deteniéndole.*) Varville, si provoca usted á Duval, no vuelva á hablarme en toda su vida.

Arm. (*á Varville.*) Qué me decia usted, caballero?

Con. Decia... que en efecto, está usted muy feliz en el juego; que comprendo el uso que quiere usted hacer de su dinero; que deseo verle á usted ganar mucho, y me atrevo á proponerle una jugada. (*se sienta á jugar, y toma la baraja.*)

Arm. La acepto, caballero.

Con. Van cien luises. (*echa cartas como al monte.*)

Arm Cien luises.

Con. Qué lado quiere usted jugar?

Arm. El que usted me deje.

Con. La derecha.

ARM. La izquierda es mia... tire usted.

GAS. Cuatro á la derecha... nueve á la izquierda. Armando gana.

CON. Doscientos luises.

ARM. Doscientos. Pero cuidado, caballero, que si el proverbio dice: *Desgraciado en amores, feliz en el juego*, tambien dice: *Afortunado en amor, desgraciado en el juego.*

GAS. Seis, ocho. Tambien gano Armando.

OLIM. Está visto; el Conde pagará el recreo de Duval.

MAR. (Dios mio, qué va suceder!)

OLIM. Señores, á cenar: la mesa está puesta.

ARM. Continuamos nosotros la partida?

CON. Por ahora no.

ARM. Pues le deberé á usted la revancha, y se la prometo al juego que elija.

CON. Despues usted, caballero; aprovecharé su buena voluntad.

OLIM. (*tomando el brazo de Armando.*) Vamos, amigo mio.

CON. Viene usted, Margarita?

MAR. Todavia no; tengo que decir dos palabras á Prudencia.

CON. Si dentro de diez minutos no se ha reunido usted con nosotros, vengo á buscaros, Margarita; os lo prevengo. (*vanse todos.*)

MAR. Bien está.

ESCENA IV.

PRUDENCIA, MARGARITA.

MAR. Vaya usted á buscar á Armando, y por cuanto hay de mas sagrado, dígale que venga, que deseo hablarle.

PRU. Y si se niega?

MAR. No se negará; me detesta demasiado para desperdiciar la ocasion de decirmelo.

ESCENA V.

MARGARITA, *sola.*

Procuraré estar tranquila; es preciso que continue desempeñando mi papel. Tendré fuerzas para cumplir la promesa que hice al señor Duval? Dios mio, haced que me desprecie y me aborrezca, pues que este es el único medio de impedir una desgracia. Aqui está.

ESCENA VI.

MARGARITA, ARMANDO.

ARM. Me llamaba usted, señora?

MAR. Si, Armando; tengo que hablar á usted.

ARM. Hable usted, ya escucho. Va usted sin duda á disculparse?

MAR. No, Armando, no se trata de eso; y aun me atrevo á rogar á usted que no hablemos de lo pasado.

ARM. Tiene usted razon, señora; seria demasiado vergonzoso para usted.

MAR. Por piedad, compadézcase usted de mí. Mire usted qué pálida estoy, qué débil; estoy medio muerta; no puedo defenderme contra usted; facil me seria si lo intentase, pero no lo haré. Escúcheme usted sin odio, sin desprecio. Armando, deme usted su mano.

ARM. Mi mano? No, señora, jamás; y si es eso cuanto usted tenia que decirme... (*quiere retirarse.*)

MAR. Nunca hubiera creido que rechazase usted la mano que yo le tendiese; pero no se trata de eso. Es preciso que usted vuelva á marchar.

ARM. Que vuelva á marchar?

MAR. Si, qué vuelva usted al lado de su padre, y que sea pronto.

ARM. Y por qué, señora?

MAR. Porque Varville va á provocar á usted, y no quiero que por mi suceda una desgracia; prefiero padecer yo sola.

ARM. Con que usted me aconseja huir de una provocacion? Me aconseja una accion cobarde!... Pero qué otro consejo podria darme una muger como usted!

MAR. Armando, juro á usted que de un mes á esta parte he padecido tanto, que ni aun fuerzas me quedan para decirlo; mi enfermedad se aumenta y me devora. Armando, en nombre de nuestro amor pasado, en nombre de lo que tengo aun que sufrir, en nombre de su padre de usted, de su hermana, huya usted, vuelva al lado de su padre, y olvide, si es posible, hasta mi nombre.

ARM. Ah! Si, lo comprendo, señora; usted tiembla por Varville, que representa su fortuna, y puede arruinar á usted con una estocada ó con un pistoletazo.

MAR. Puede usted ser muerto, Armando, y esa seria mi verdadera desgracia.

ARM. Y qué le importa á usted que yo viva, ó que muera? Tuvo usted ese temor cuando me escribió: «Armando, olvídeme usted, ame á otro.» Qué le importaba á usted entonces que yo muriese de amor?... Si no he muerto, señora, es porque me restaba la venganza. Ah! Habia usted creido que esto quedaria asi, que me despedazaria el corazon, y que yo no me desquitaria ni en usted, ni en su cómplice! No, señora, no. Mi venida á Paris es una cuestion de vida ó muerte entre el señor Varville y yo. Aun cuando le costase á usted la vida, le mataré, lo juro.

MAR. Varville está inocente de todo cuanto ha pasado, Armando.

ARM. Usted le ama, y eso basta para que yo le deteste.

MAR. Bien sabe usted que no le amo, que no puedo amar á ese hombre.

ARM. Pues entonces, señora, por qué me escribió usted de este modo? (*enseñándola la carta.*)

MAR. Por Dios, no me lo pregunte usted, Armando, no puedo decirselo.

ARM. Pues bien, yo se lo diré. Le ha admitido usted en su casa, porque es usted una muger sin corazon, sin lealtad; porque su amor de usted es del mas frio, porque comercia usted con su corazon. Porque al encontrarse cara á cara con el sacrificio que iba á hacerme, le faltó el valor, y vencieron los instintos; y en fin, porque el hombre que sacrificaba á usted su vida, su felicidad, su honor, no equivalia á los caballos de vuestro coche, ni á los diamantes de vuestro cuello.

MAR. Pues bien, si todo eso he hecho, soy una infame, una miserable que no le amaba. Pero cuanto mas criminal sea, menos debes acordarte de mí, menos debes esponer tu vida y la de los que te aman. Armando, de rodillas te lo pido; vete, deja á Paris y olvida lo pasado.

ARM. Lo haré, pero con una condicion.

MAR. Di pronto, Armando, y cualquiera que sea, la acepto.

ARM. Vente conmigo.

MAR. (*retrocediendo.*) Jamás!

ARM. Jamás!

MAR. (Dios mio, dadme valor.)

ARM. Escucha, Margarita: estoy loco, la sangre me ahoga; me encuentro en uno de esos estados en que el hombre es capaz de todo, hasta de una infamia. He creido un momento que era el odio el que me atraia

hácia ti, pero era el amor; el amor invencible, irritante, aumentado por el desprecio y por la vergüenza. Pues bien, di una palabra de arrepentimiento, echa la culpa á la casualidad, á tu flaqueza, y todo lo olvidaré; qué me importa ese hombre? Si le aborrezco es porque tú le amas. Dime que le aborreces, y te perdono. Margarita, huiremos de Paris; iremos al estremo del mundo, si es preciso, hasta que no encontremos ningun semblante humano, y nos hallemos solos con nuestro amor.

Mar. Armando, daria mi vida por un solo dia de esa felicidad que me propones; pero esa felicidad es imposible!

Arm. Imposible!

Mar. Un abismo nos separa; seriamos muy desgraciados. No podemos amarnos mas. Vete, olvidame; es indispensable, lo he jurado.

Arm. A quién?

Mar. A quien tenia derecho para exijirme ese juramento.

Arm. A Varville tal vez?

Mar. (*con dolor.*) Si, á Varville.

Arm. Y es á ese hombre á quien amas? Dime que le amas, y parto.

Mar. Pues bien, si, le amo.

Arm. (*corriendo al fondo y abriendo la puerta con violencia.*) Venid todos.

Mar. Qué haces?

ESCENA VII.

Dichos y todos los personages de este acto.

Arm. Vais á verlo. (*á los convidados.*) Veis esa muger?

Todos. Margarita Gautier?

Arm. Si, Margarita Gautier. Sabeis lo que ha hecho?

Algunas voces. No.

Arm. Ha vendido sus caballos, sus carruages y sus diamantes por vivir con el hombre que amaba... Esto es noble, no es verdad?... Pues bien, saben ustedes lo que yo he hecho?... Me he conducido como un miserable... He aceptado ese sacrificio sin darle nada en cambio. Pero aun no es tarde, me arrepiento, y vengo á repararlo todo. Sean ustedes testigos de que he pagado á esa muger, y que nada le debo. (*arroja una cartera con billetes de banco y oro á Margarita.*)

Mar. (*da un grito y cae desmayada.*) Ah!

Con (*á Armando.*) Caballero, es usted un cobarde! (*el doctor acude á socorrer á Margarita; Armando y el Conde salen, cuadro general, cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Alcoba de Margarita.—La cama en el fondo con cortinas á medio correr.—Habitacion á la derecha; delante de la chimenea un canapé, donde está recostado Gaston.—Una lámpara encendida.—Piano enfrente de la chimenea.—Puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Margarita, *dormida;* Gaston.

Gas. (*levantando la cabeza.*) Me he dormido un poco... Con tal de que no haya necesitado nada en este tiempo..... (*escucha*) No, duerme..... Qué hora es?.... Las siete, y aun no amanece!.. Voy á atizar la lumbre... (*va á la chimenea*).

Mar. (*despertando*) Nanina, dame de beber.

Gas. Toma, hija mia.

Mar. (*levantando la cabeza*) Quién está ahí?

Gas. Yo, Gaston.

Mar. Pues como está usted en mi alcoba?

Gas. Bebe, y luego lo sabrás... Tiene bastante azucar?

Mar. Si.

Gas. Si he nacido para enfermero!

Mar. Dónde está Nanina?

Gas. Está durmiendo. Cuando vine anoche á saber de ti, la pobre muchacha estaba aniquilada de cansancio; yo, al contrario, no tenia sueño; tú dormias, y la mandé acostar... Me senté en el canapé, junto á la chimenea, y así he pasado la noche; me complacia en verte dormir, y me parecia que yo tambien dormia. ¿Cómo te sientes ahora?

Mar. Bien, mi querido Gaston, ¿pero para qué te has molestado?

Gas. Qué molestar! Bastantes noches paso en el baile; para que deje de pasar una cuidando una enferma... Además, tenia que decirte...

Mar. Qué tenias que decirme?

Gas. Estás apurada?

Mar. Cómo apurada?

Gas. Si, necesitas dinero. Cuando vine esta mañana, vi en el salon á un criado de un tendero, que con su recibo en la mano, se propasaba con Nanina, á quien despedí pagándole. Pero no es esto todo: tú careces de lo mas preciso, y es necesario que de nada carezcas. Yo tampoco tengo mucho dinero, porque he perdido en el juego, y he hecho una infinidad de compras inútiles para primero de año, que te deseo bueno y feliz... Pero en fin, ahí tienes veinticinco luises, que te dejo en el escritorio; en acabándose habrá mas.

Mar. (*conmovida.*) Que buen corazon! Y decir que eres un calavera, tú, que jamás me has dirigido la menor palabra de amor, y que nunca has pasado de ser un amigo mio, venir á velarme, y cuidarme de ese modo!

Gas. He! no hables mas de eso; sabes lo que vamos ha hacer?

Mar. Tu dirás.

Gas. Hace un dia magnífico; has dormido ocho horas, y aun vas á dormir otro poco; de una á tres hará un sol hermoso; vendré á buscarte, te abrigarás bien, é iremos á dar un paseo en carruage; y así verás que bien duermes á la noche. Entretanto, voy á ver á mi madre, que sabe Dios cómo me recibirá, al cabo de quince dias que no la veo; almorzaremos juntos, y á la una estoy aquí. ¿Te parece bien?

Mar. Procuraré tener fuerzas para ello.

Gas. Pues qué has de hacer sino tenerlas! Tienes buen semblante. (*sale Nanina*) Nanina, entre usted, Margarita está despierta.

ESCENA II.

Los mismos, Nanina.

Mar. Estabas cansada, mi pobre Nanina?

Nan. Un poco, señora.

Mar. Abre la ventana que entre luz; quiero levantarme.

Nan. (*abriendo la ventana y mirando en la calle.*) Señora, el doctor viene.

Mar. Pobre doctor; su primera visita es siempre para mí!.. Gaston, de paso que usted se vá, abra la puerta ...Nanina, ayúdame á levantar.

Nan. Pero señora...

Mar. Vamos, yo te lo mando.
Gas. Hasta luego, Margarita.
Mar. Hasta despues, amigo mio. (*Antes de marcharse Gaston, prepara el canapé con los almohadones, para que Margarita pueda echarse en él; esta se incorpora y vuelve á caer. En fin, con el ausilio de Nanina vá al canapé: el doctor entra á tiempo para ayudarla á sentarse.*)

ESCENA III.

Margarita, Nanina, *el* Doctor.

Mar. Buenos dias, querido doctor; que bondad la de usted en acordarse de mi desde por la mañana!.. Nanina, vé á ver si hay cartas.
Doc. La mano... (*la pulsa.*) Cómo se halla usted?
Mar. Mal, y mejor. Mal de cuerpo y mejor de espíritu. Anoche creí que me moria; envié á llamar á un sacerdote... Ha sido bien recibido, os lo aseguro. Qué hermosa es la religion! Yo estaba triste, desesperada, temia la muerte; vino el sacerdote... habló una hora conmigo, y tristeza, terror, remordimiento, todo se lo ha llevado consigo.: Entonces me quedé dormida, y ahora acabo de despertar.
Doc. Todo va bien, Señora, y prometo á usted una buena convalecencia para los primeros dias de primavera.
Mar. Gracias, doctor, por la promesa; deber de usted es el hacérmela. Cuando Dios dijo que la mentira era pecado, sin duda hizo una escepcion en favor de los médicos, y les permitió mentir tantas veces al dia como enfermos visiten. (*á Nanina que entra con varios paquetes y cartas.*)
Nan. Regalos, Señora.
Mar. Ah! si, es el dia primero del año! Cuántas cosas han sucedido durante el último! Hace un año, á estas horas, estábamos á la mesa, cantábamos, dábamos al año naciente las mismas sonrisas conque habiamos obsequiado al espirante. ¿Dónde está el tiempo, mi buen doctor, en que reiamos aun? (*abriendo los paquetes.*) Una sortija con la carta de Saint Gaudens. Buen corazon! Una pulsera que me envia desde Lóndres el marqués de Giray! Cual seria su asombro si me viese en el estado en qué me hallo! Y ademas, dulces!.. Luego los hombres no son tan olvidadizos como yo los creia!.. ¿Tiene usted una niña, doctor?
Doc. Si señora.
Mar. Para que la lleve usted estos dulces; hace mucho tiempo que no los pruebo. (*á Nanina*) No hay mas?
Nan. Una carta:
Mar. Quién me escribirá? (*tomando la carta.*) Baja este paquete al carruaje del doctor. (*leyendo.*) «Qué»rida Margarita: He estado veinte veces á verte, y »no he sido recibida; sin embargo, no quiero que »faltes al acto mas solemne de mi vida; me caso el »dia primero de enero, y este es el regalo de año nue»vo que me reserva Gustavo. Espero que no serás la »última en asistir á esta ceremonia, que tendrá lugar »en la capilla de Sta. Teresa, de la iglesia de la Mag»dalena. Te abrazo con toda la ternura de mi dichoso corazon.=Niseta.=Ha de haber felicidad para todos, escepto para mi!.. Vamos, soy una ingrata!.. Doctor, cierre usted la ventana y deme el recado de escribir; los pocos momentos que me quedan de vida, quiero emplearlos en las personas que amo. (*deja caer la cabeza entre las manos; el doctor pone el tintero sobre la chimenea y trae un cortapacio.*)
Nan. (*bajo al doctor*) Que tal, doctor?
Doc. Mal!
Mar. (Creen que no les oigo)... Doctor, hágame usted el favor, cuando se marche, de llevar esta carta á la iglesia donde se casa Niseta, y encargue usted no se la entreguen hasta despues de la ceremonia. (*escribe, dobla la carta y la cierra.*) Tome usted, y gracias. (*le aprieta la mano.*) Y vuelva usted pronto, si puede. (*vase el doctor.*)

ESCENA IV.

Margarita, Nanina.

Mar. Ahora arregla un poco el cuarto. (*llaman.*) Han llamado, mira quien es.
Nan. (*volviendo.*) Es la señora Duvernoy.
Mar. Que entre.

ESCENA V.

Los mismos y Prudencia.

Pru. Y bien, mi querida Margarita, cómo se encuentra usted?
Mar. Bien, gracias.
Pru. Tenia que hablar con usted.
Mar. Nanina, vé á arreglar un poco la otra habitacion, que ya te llamaré cuando te necesite. (*vase Nanina.*)
Pru. Tengo que pedir á usted un favor, querida Margarita.
Mar. Cuál es?
Pru. Hoy es primer dia del año, y tengo que hacer algunos gastos indispensables; necesitaba doscientos francos; ¿puede usted prestármelos hasta fin de mes?
Mar. (*levantando los ojos al cielo.*) El fin del mes!..
Pru. Si usted no puede...
Mar. Abra usted ese escritorio y tómelos.
Pru. Pero si le hacen á usted falta...
Mar. Ya poco necesito; no le de á usted cuidado por mi.
Pru. No sabe usted del compromiso que me liberta! (*tomando el dinero.*)
Mar. Tanto mejor, mi querida Prudencia.
Pru. La dejo á usted, Margarita. Ya volveré á verla... Parece que tiene usted mejor el semblante.
Mar. En efecto, estoy mejor.
Pru. Ya pronto viene el buen tiempo; el aire del campo acabará de curarla.
Mar. Si, tiene usted razon.
Pru. (*marchándose.*) Mil gracias, repito.
Mar. Diga usted á Nanina que venga.
Pru. Bien está. (*vase.*)
Mar. He aquí una esperanza que me cuesta doscientos francos!
Nan. Ha venido á pedirla á usted dinero?
Mar. Si.
Nan. Y se le ha dado usted?
Mar. Es tan poca cosa el dinero, y tenia, segun dice, tanta necesidad de él... Es necesario que salgas á llevar los aguinaldos que te he encargado.
Nan. Pero dejar á usted sola...
Mar. Bien puedo quedarme sin compañia; creo que no necesitaré de nada; por otra parte, no tardaras mucho; anda, pobre Nanina. (*vase Nanina.*)

ESCENA VI.

Margarita, *sola, leyendo una carta que saca del pecho.*

«Señora, he sabido el desafio de Armando y de »Varville, no por mi hijo, que se ausentó sin venir á »abrazarme. Lo quereis creer, señora? La acusaba »á usted del desafio y de su ausencia. Gracias á Dios, »Varville está fuera de peligro, y lo sé todo; usted ha

»cumplido su promesa mas de lo que sus fuerzas permitian, y sé que tantas emociones han quebrantado »su salud. He escrito la verdad á Armando; está lejos, pero volverá á pedir á usted perdon, no solo para »él, sino para mi, porque me vi en la precision de »causarle á usted daño, y debo repararle en lo posible. Cuidese usted mucho, hija mia, y espere »que el valor y la abnegacion de usted merecen un »porvenir mas placentero; le tendrá usted, yo se lo »prometo. Entretanto, viva usted segura de mis sentimientos de aprecio y de amistad.=Gorge Duval. »18 de noviembre.» Seis semanas hace que el padre de Armando me escribió esta carta, que leo sin cesar, para conservar mi valor. Si recibiese al menos una de él!... Si pudiese esperar á la primavera! (*se levanta y se mira en un espejo*) Qué desmejorada estoy! No obstante, el doctor ha prometido curarme. Tendré paciencia... Pero no pronosticaba mal hace poco, hablando con Nanina?... Yo le oí que decia: bien mal... Bien mal, da todavia alguna esperanza; promete algunos meses de vida, y si en este tiempo volviese Armando, quien sabe, me salvaba! Si efectivamente estuviese de peligro, Gaston no se hubiera atrevido á ofrecerme un paseo, el médico no se apartaria de mi cabecera. (*á la ventana.*) Que alegria en todas partes!.. Oh! qué hermoso niño, cómo rie y salta al ver sus juguetes!.. Quisiera darle un beso!

Nan. (*llega y se acerca á Margarita.*) Señora?

Mar. Que tienes, Nanina?

Nan. Está usted mejor, no es verdad?

Mar. Si; por qué?

Nan. Me promete usted estar tranquila?

Mar. Pues qué sucede?

Nan. He querido prevenir á usted, porque una alegria repentina es difícil de soportar.

Mar. Una alegria, dices?

Nan. Si señora.

Mar. Armando?... Has visto á Armando? Viene á verme? (*Nanina hace una señal afirmativa, y se acerca corriendo á la puerta.*) Armando!... (*sale Armando pálido; Margarita le abraza fuertemente.*) Oh! No eres tú!... Será posible que Dios sea para mi tan mi-ser icordioso!

Arm. Yo soy, Margarita, yo, tan arrepentido, tan culpable, que no me hubiera atrevido á pisar estos umbrales! Si no hubiese encontrado á Nanina, hubiese permanecido en la calle orando y llorando. Margarita; no me maldigas! Mi padre me lo ha escrito todo; estaba muy lejos de ti, porque no sabia dónde ir para huir de mi amor y de mis remordimientos. He venido como un loco, viajando noche y dia, sin sueño, sin descanso, perseguido por mil siniestros presentimientos... Oh! si no te hubiese encontrado, hubiera muerto, porque era yo quien te quitaba la vida... Aun no he visto a mi padre... Margarita, dime que nos perdonas á los dos.... Oh! cuanto me alegro de verte!

Mar. Perdonarte, amigo mio, cuando yo sola era la culpable?... Pero, podia hacer otra cosa?... Deseaba tu felicidad aun á espensas de la mia... Ahora tu padre no nos separará mas; verdad que no? Ya no encuentras en mi á tu Margarita de otros tiempos; pero aun soy jóven, y volveré á ser bella, pues que soy feliz!... Lo olvidarás todo? Desde hoy empezaremos á vivir, si?

Arm. Oh! no, ya no me separaré de tu lado... Escucha, Margarita; vamos á partir al instante; á dejar esta casa. No volveremos mas a Paris... Mi padre sabe ya quién eres.. te amará como al genio tutelar de su hijo... Mi hermana se ha casado... El porvenir es nuestro.

Mar. Oh! háblame, háblame... siento que la alegria renace en mi alma con tus palabras! La salud que renace bajo tu amor! Hace poco decia para mi; que solo una cosa podia volverme la vida!... No lo esperaba, y has venido!... Oh! no perdamos tiempo; y pues que la vida pasa por delante de mi, voy á detenerla al paso... No sabes? Niseta se casa con Gustavo esta mañana! La veremos!.. Siempre nos hará bien entrar en una iglesia, pedir á Dios, y asistir á la felicidad de nuestros amigos!... Qué sorpresa me reservaba la Providencia para el primer dia del año! Ah! Di que me amas aun.

Arm. Si, te amo, Margarita, mi vida es toda tuya.

Mar. Nanina, dame lo necesario para vestir.

Arm. (*estrechando sus manos.*) Pobre Nanina! Ya sé que la has cuidado! Ah! gracias, el cielo te dé la recompensa!

Mar. Todos los dias hablábamos de ti las dos, porque nadie se atrevia á pronunciar tu nombre; ella era la que me consolaba, la que me decia que ibas á volver! Oh! no se engañaba! Habrás recorrido hermosos paises?... Los volveremos á ver juntos, si? (*empieza á palidecer y decaer poco á poco.*)

Arm. Qué tienes, Margarita?... Te pones pálida! (*asustado.*)

Mar. (*esforzandose.*) Nada, amigo mio, nada. Bien conoces... que la felicidad no entra en un corazon desconsolado, sin oprimirle un poco... La alegria es á veces tan pesada de soportar, como el dolor! (*se sienta y deja caer la cabeza hácia atrás.*)

Arm. Dios mio! Margarita, háblame! Margarita, por Dios!...

Mar. No tengas cuidado, amigo mio; ya sabes que siempre he padecido estos desmayos instantáneos, pero se pasan al instante... Mira, ya me sonrio, ya estoy mejor... El asombro de vivir es el que me ahoga!

Arm. (*tomándola la mano.*) Tú tiemblas!

Mar. No, no es nada... Vamos, Nanina, dame un chal, un sombrero... (*Nanina le trae ambas cosas, y se las pone.*)

Arm. (*con espanto.*) Dios mio! Dios mio!

Mar. (*quitándose el chal con cólera, despues de haber querido salir.*) Oh! no puedo! No puedo!... (*cae en el canapé.*)

Arm. Nanina, corre, llama al médico.

Mar. Si, si; dile que Armando ha vuelto; que quiero vivir, que necesito vivir. (*cae Nanina.*) Pero si su vuelta no me ha salvado, nada me salvará! Tarde ó temprano, la criatura humana debe morir de lo que la ha hecho vivir... Yo he vivido del amor, y de amor muero.

Arm. No me habrá Dios traido para que te pierda tan pronto; tu vivirás, Margarita, es preciso que vivas.

Mar. Sientate á mi lado, lo mas cerca posible, Armando, y escúchame... Acabo de encolerizarme contra la muerte, y me arrepiento de ello; mi muerte es necesaria, y la agradezco que haya esperado tu vuelta para herirme! Si mi muerte no fuese cierta, tu padre no te hubiese mandado venir.

Arm. Escucha, Margarita, no me hables asi; me vas á volver loco!... No me digas que vas á morir; dime que no quieres, que no lo crees, que no puede ser!

Mar. Aun cuando yo no quiera, será preciso que nos conformemos, pues tal es la voluntad de Dios! Si me hubieses amado en los primeros tiempos de mi inocencia, si todo fuese casto y puro en mi, quizás llegaria á la sola idea de dejar un mundo en el que tú te

quedas, porque el porvenir estaria lleno de promesas y de juramentos, á los que mi pasado me daria derecho. Cuántas veces no he maldecido la hermosura que Dios me ha dado, causa de todas mis desdichas! En medio de esa sociedad, entre su lujo corruptor, créeme, mi corazon jamás se ha prostituido; tú eres mi primero y último amor! Sola en el mundo, sin una madre que velase por mí, qué mucho que mi razon se estraviase! Si el Señor me llama á sí, cuanto de mi memoria conserves, será sagrado; viviendo, siempre hallarias manchas sobre mi corazon!... Creeme, Dios procede con justicia en lo que hace!

ARM. (*levantándose.*) Ah! calla, calla, Margarita.

MAR. (*haciéndole sentar.*) Con que soy yo la que necesito consuelos, y me veo precisada á darte valor! Mira, Duval, escucha con atencion mis últimas palabras... Abre ese escritorio... (*Armando lo hace.*) En él encontrarás un retrato de cuando yo era hermosa; lo mandé hacer para tí; consérvale, y que nunca se separe de tu lado. (*Armando lo besa.*) Y si algun dia te casas, y eres amado, como debe suceder, y yo deseo que suceda; si tu muger encuentra ese retrato, dile que era de una amiga, la cual pide á Dios por vuestra comun felicidad; id juntos ante mi tumba, y derramad una lágrima por mí. Y si, como solemos hacer casi todas las mugeres, tiene envidia de lo pasado; si te exije el sacrificio de ese retrato, dásele sin temor, sin remordimientos, pues yo te perdono de antemano. Padece tanto la muger cuando no se cree amada!

ESCENA VII.

Los mismos, NANINA, NISETA *y* GUSTAVO, *que entran con temor, y se detienen al ver sonreir á Margarita y á sus pies á Armando. Despues Gaston.*

NIS. Cuánto me has hecho padecer, Margarita! Me escribiste que estabas moribunda, y te encuentro alegre y levantada!

ARM. (*bajo á Gustavo.*) Amigo mio, qué desgraciado soy!

MAR. Pocos instantes me quedarán de vida, pero la felicidad que disfruto, suaviza los tormentos de la muerte... Con que ya estais casados? Ahora vais á ser mas felices que antes... Hablad de mí muchas veces; recordad nuestra tierna amistad, y consolad á Armando... Ven, amigo mio... dame tu mano... Te aseguro que es muy dulce morir, cuando uno es dichoso. (*Sale Gaston.*) Mira, ahí tienes á Gaston, que viene á buscarme. (*tendiéndole su mano moribunda.*) Cuánto me alegro de verle, amigo mio! La felicidad es ingrata; ya le habia olvidado! (*á Armando.*) No sabes cuán generoso ha sido para mí!... Ah! esto es estraño!

ARM. Qué tienes?

MAR. Que me encuentro bien... Parece que mi vida vuelve á su ser! Esperimento un bienestar, de que no disfrutaba hace mucho tiempo... Creo que voy á vivir... Ah! Que buena me siento! (*se sienta, y parece adormecerse.*)

GUS. Duerme?

ARM. (*la examina primero con inquietud, despues con terror.*) Cielos!... Margarita... Margarita!... (*dá un profundo grito; y tiene que hacer un esfuerzo para arrancar su mano de la de Margarita.*) Ah! (*retrocede espantado.*) Muerta! (*corriendo hácia Gustavo.*) Dios mio! Dios mio! Qué será de mí!

GUS. Mucho te amaba la infeliz!

NIS. (*de rodillas.*) Duerme en paz, Margarita, Dios se apiadará de tí!

FIN DEL DRÁMA.

MADRID, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.